


BB

# EL ASESINO SE DISCULPA

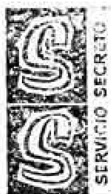
george h. white

# EL ASESINO SE DISCULPA

GEORGE H. WHITE

# EL ASESINO SE DISCULPA

**Col. SERVICIO SECRETO n.º 689**
**Publicación semanal**
**Aparece los MIERCOLES**




**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 19152 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: OCTUBRE - 1963



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 3223/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
782 — Un hombre llamado John.

En Colección SERVICIO SECRETO:
684 — El cielo se tiñó de sangre.

En Colección BUFALO:
448 — Cuerda para un culpable.

En Colección CALIFORNIA:
359 — Tierra de amigos.

En Colección SALVAJE TEXAS:
344 — Ha llegado un revólver.

En Colección KANSAS:
274 — Forajido.

En Colección COLORADO:
290 — La ruta de Kansas.

En Colección ASES DEL OESTE:
130 — El pastor del Colorado.

En Colección BRAVO OESTE:
77 — De buena fe.

En Colección PUNTO ROJO:
76 — Blanca está la novia.

# El asesino se disculpa

por GEORGE H. WHITE



CAPITULO PRIMERO

La rubia y agraciada muchacha que salía cargada con un montón de carpetas, estuvo a punto de tropezar con el señor alto y obeso que avanzaba por el pasillo.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó la chica mientras un par de carpetas caían al suelo con ruido.

—No se preocupe, miss Grey — dijo el hombre con empalagosa sonrisa —. Supongo que todos se encuentran un poco nerviosos hoy en esta oficina.

Se inclinó, recogiendo las carpetas para ponerlas sobre el montón que la joven abarcaba con sus brazos.

—Gracias, señor Brimhall — dijo la chica con la mejor y más luminosa de sus sonrisas—. En efecto, todo anda un poco trastocado hoy.

Míster Brimhall quedose un momento contemplando la esbeltez de las pantorrillas y la redondeada parte posterior de la muchacha que se alejaba.

Suspiró. Y acaso porque andaba absorto en amargos pensamientos, estuvo a punto de tropezar con una lata de pintura arrimada a un lado del pasillo. El obrero que apartaba la escalera para franquearle el paso, advirtió con entonación grave y cortés:

—Con cuidado, señor Brimhall. No vaya a caerse o ensuciarse en las paredes.

—Gracias, Barton — repuso Brimhall.

Más adelante, un cristalero daba martillazos clavando los listones de sujeción del nuevo cristal de la puerta de la oficina. Brimhall admiró el nuevo rótulo que figuraba en discretas letras negras:

«Alvin P. Smythe, Attorney General.»

La puerta estaba abierta y míster William Brimhall irrumpió en la oficina exclamando:

—Queda bien el rótulo, ¿eh, Alvin?

Desde la mesa a la que estaba encaramado, balanceando una de sus largas piernas, Alvin Smythe sonrió sosteniendo el auricular del teléfono contra su oído. Era un joven alto, de leonada cabellera y centelleantes e inteligentes ojos grises.

—Descuida, Ben. Ya veré lo que puedo hacer sobre el asunto.

Colgó el teléfono y quedóse mirando a Brimhall con aire compungido.

—¿Por qué apenas le nombran a uno para un cargo público, se ha de ver asediado por sus amigos pidiéndole que intervenga en esto o aquello? Soy el fiscal. ¿Qué demonios puedo hacer para que el hijo de Ben Whitson consiga una beca para ir a estudiar a la Universidad?

—¿Ben Whitson? — gruñó Brimhall, instalándose en un confortable butacón tapizado de cuero—. Si no re cuerdo mal, Whitson votó a los republicanos. Que vaya en busca de sus amigos para que recomienden a su hijo. Si a alguien tenemos que ayudar, ya haremos bastante complaciendo a nuestro partido.

Brimhall hurgaba en sus bolsillos. El joven fiscal se apresuró a saltar de la mesa para abrir un cajón y sacar una caja de puros que presentó abierta al distinguido prócer.

Brimhall metió su aguileña nariz en la caja.

—¡Hum! Estos cigarros deben ser todavía de los que dejó tu predecesor. No esperarás que fume esa peste de cigarros. Prefiero los míos.

En efecto, Brimhall rechazó la caja y sacó un habano del bolsillo. Alvin echó mano del artístico encendedor que estaba sobre la mesa, pero éste se negó a funcionar.

Profiriendo un gruñido, Brimhall sacó su propio encendedor.

—Todavía no estamos organizados — dijo Alvin a modo de excusa.

Brimhall expelió una bocanada de humo hacia el techo y se arrellanó en la butaca.

—Perfectamente, Alvin — dijo con aire satisfecho —. Ya te tenemos en la oficina del fiscal. Tu carrera comienza bajo buenos auspicios, pero más que confiar en los demás, en adelante deberás seguir ascendiendo por méritos propios,

—Le estoy muy agradecido, señor Brimhall. Nunca olvidaré todo cuanto hizo por mí.

—Eso siempre está bien, Alvin. El hombre bien nacido debe ser

agradecido. No lo digo por mí, sino por todos esos amigos que con su apoyo te ayudaron a llegar hasta este puesto.

—Deme usted tiempo y le demostraré que sé corresponder a la ayuda y la confianza de sus amigos — dijo Alvin,

Brimhall echó una ojeada a su reloj de pulsera de oro.

—Reva telefoneó esta mañana desde Nueva York anunciando que regresaba hoy por avión. Ya que no tienes demasiado trabajo, podrías venir conmigo a esperarla.

—Con mucho gusto — dijo Alvin dirigiéndose a la percha en busca de su sombrero y su sobretodo.

Salieron juntos a la calle, donde esperaba el lujoso «Rolls-Royce» de míster Brimhall, con su uniformado chofer al volante.

Sam Geddes se apresuró a saltar a la acera para abrir la portezuela.

—Buenas tardes, señor Smythe. Y enhorabuena — dijo el chofer.

—Buenas tardes, Sam. Gracias.

Los dos hombres se acomodaron en el espacioso asiento del compartimiento posterior, el cual quedaba aislado del anterior por un grueso cristal corredizo.

El lujoso coche, tan popular en Mobile como su acaudalado propietario, rodó suave y silenciosamente, entrando en la densa corriente del tráfico motorizado que siempre aumentaba en las horas del cierre de tiendas y oficinas.

—¿Qué fue del viaje de Reva a Nueva York? — preguntó Alvin.

—La rechazaron.

—¡Pobre Reva!

—¿Por qué pobre? — saltó Brimhall.

—Bueno, en primer lugar, porque lo es. Y luego, porque ella parecía realmente ilusionada en conseguir ese empleo de azafata.

—El espíritu aventurero de Reva es algo que heredó directamente del imbécil de su padre — dijo Brimhall con rudeza—. Yo te diré por qué no consiguió el empleo. Un amigo mío intervino a tiempo hablando por teléfono con el director de la Compañía aérea para que no admitieran a Reva.

—¡Dios mío! — exclamó Alvin—. Si ella supiera eso sería capaz de sacarle los ojos.

—No lo sabrá, porque nadie se lo dirá — repuso Brimhall con acento de amenaza.

Después de un minuto de silencio, Brimhall continuó:

—Reva es mi sobrina, la tomé bajo mi tutela cuando era una niña y tengo formados mis planes respecto a ella. La única carrera para la cual las mujeres tienen aptitudes naturales es el matrimonio. Y yo ya tengo escogido el marido para ella: tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Y no lo preguntes con ese acento de desencanto. Sabes desde hace tiempo que proyecto casaros al uno con el otro. Te he facilitado los medios para llegar al alto puesto que ahora ocupas. La amistad que me unió con tu padre no ha sido la única razón.

Alvin guardó silencio. Este llegó a hacerse tan prolongado que acabó por exasperar a Brimhall, el cual exclamó:

—¡No te quedes callado! Di lo que piensas. Al menos di si te disgusta mi elección.

—No creo que a nadie le haya gustado ir al matrimonio por mandato, señor Brimhall.

—A mí me impusieron un matrimonio por conveniencia, y a pesar de eso fui feliz.

—No, señor Brimhall, usted no fue feliz. Pero no es eso lo que estamos discutiendo ahora. ¿Quiere saber lo que pienso? Me duele que usted me haya dicho eso... lo de Reva.

—¡Muchacho, Reva no es una chica para hacerle ascos! Demonios, ¿qué más quisieran muchos? — protestó Brimhall.

—No se trata de eso. Reva me gusta. Me gusta mucho. Creo que sería feliz con ella y esperaba poder hacerle algún día una proposición formal de matrimonio...

—¿Pues, entonces?

—Ahora, figúrese usted que Reva sospechara que usted me había impuesto, o simplemente tratado de imponer, ese matrimonio. ¿Qué pensaría de mí?

—Ella no sabrá nada. ¿Quién se lo iba a decir? Admito que he pecado de impaciente precipitándome a señalarte lo que ya tú habías escogido, pero todo se reduce a que el secreto quede entre los dos.

—¿Usted no tratará de hacer con ella lo mismo que conmigo, señor Brimhall?

—Te daré una oportunidad para que hables con ella. Si Reva te rechaza, lo que no creo se atreva a hacer...

—Señor Brimhall, si Reva me rechaza no me casaré con ella.

—Yo la obligaré.

Alvin Smythe se volvió hacia Brimhall con un relámpago de enojo en las grises pupilas.

—No me ha comprendido, señor Brimhall. Si Reva no me ama, yo seré quien me niegue a casarme con ella.

Brimhall hizo una mueca. Autoritario y obstinado, más allá de toda concesión al razonamiento y la lógica, hubo sin embargo de contentarse esta vez con guardar silencio. Después de todo, la negativa de Smythe quedaba condicionada a la respuesta de Reva Tanner,

Pero este conato de rebeldía desagradó a Brimhall.

Vengativo, y deseando demostrarse a sí mismo que su autoridad sobre

Smythe no había experimentado mengua fuera del terreno sentimental, no tardó en hallar ocasión de poner a prueba a su protegido.

La lujosa «limousine» había dejado atrás el casco urbano de la ciudad y rodaba sin prisas por la Telegraph Road, muy cerca de la amplia acera sombreada de árboles. A un lado y otro se veían verdes retazos de césped, casi siempre rodeando alguna casa de tejados rojos, muchas de ellas con pórticos y galerías, y todas con su correspondiente garaje.

Un poco más adelante, una linda rubia en «short» y ceñido suéter rojo, los prietos muslos al aire, regaba el césped manejando una manguera ante una casa de ladrillo rojo. El atractivo cuadro hizo que Brimhall se inclinara hacia adelante para ojear a través del cristal de la ventanilla.

—¿Es ella, la Hayne? — gruñó Brimhall.

Alvin Smythe, absorto en sus pensamientos, no tuvo tiempo de ver a. la chica por la ventanilla. Se volvió para mirar atrás por la amplia ventanilla zaguera.

—Sí, es Julia Hayne.

La preciosa rubia de las torneadas piernas y la casa de ladrillo rojo quedaban rápidamente atrás. Alvin volvió a la posición correcta en el mullido asiento mientras Brimhall rezongaba:

—Cuando cumplas tu promesa de limpiar la ciudad de granujas y sinvergüenzas, recuerda que esa chica debe ser de las primeras en marcharse.

—¿Echar a Julia Hayne? No creo que sea posible. Esa es su casa. Está avecindada en esta ciudad.

El súbito estallido de Brimhall intimidó a Smythe:

—¡He expresado bien claro que quiero que la eches de la ciudad, Alvin! No me importa si está avecindada, ni si paga puntualmente los impuestos, ni si aparentemente es una chica decente. Es una intrigante, y su madre era una cualquiera.

—No sé mucho de su madre. Y todo lo que hay de malo contra Julia es que, al parecer, ha cautivado el corazón de Daniel. Pero eso no es un delito. Considerando los encantos de esa chica, yo diría más bien que es una consecuencia natural.

—Daniel es mi hijo. Por lo tanto, es delito querer embaucarlo llevándolo a mi terreno del que no pueda escapar como no sea a costa de mi dinero.

—¿Le ha sacado dinero a Daniel?

—¡Eso puedes darlo por descontado!

—Pero no lo sabemos de cierto, ¿verdad? ¿Qué dice Daniel?

—¿Y qué puede decir ese tontaina? —bufó Brimhall—. No me preocuparía si se tratara de Bill; ese sabe nadar y guardar la ropa. Pero Daniel es un crío. Blando como la mantequilla y sin ninguna experiencia en esta clase de mujeres. Temo que cometa un disparate.

—¿Como, por ejemplo, escaparse con Julia Hayne?

—O casarse con ella. Antes de permitir que ocurra una cosa así, sería capaz de colgar a mi hijo de un árbol del parque. Primero que sacrificarle a él prefiero eliminarla a ella. Oblígala a salir de la ciudad. No me importa los medios de que te valgas. Si es preciso estoy dispuesto a que me cueste algún dinero, pero no quiero verla aquí. Es una orden, Alvin.

La última frase de Brimhall, «es una orden», sonó desagradablemente en los oídos de Smythe.

Siempre había temido que se vería obligado a hacer alguna concesión a quienes le ayudaron en las pasadas elecciones, pero hasta este momento no cayó en la cuenta de que aceptando el apoyo de Brimhall se sometía tácitamente a los dictados de éste.

Alvin pasaba por que Brimhall le mandara en lo que se refería a cubrir los fines políticos del partido. Lo que no admitía era que su benefactor dispusiese a su capricho, para sus fines personales, de un cargo ajeno como si fuese propio.

Alvin guardó silencio. Brimhall no estaba de muy buen humor, y dos choques consecutivos con él quizá fuera más de lo que el autoritario personaje podía tolerar. Daría largas al asunto. Al final, tal vez tuviera que hacerle una visita a Julia Hayne y rogarle de rodillas que cambiara su residencia a otra ciudad. No era un papel muy lucido el que Brimhall le obligaba a representar.

Estaban llegando al aeropuerto. Alvin olvidó a Julia Hayne.

En el aeropuerto se encontraron con el juez Kemple, que había triunfado también en las recientes elecciones, y con el cual Brimhall tenía que tratar asuntos de alta política local.

Mientras Brimhall y el juez hablaban animadamente, un poco separados, Alvin tuvo que dar conversación a la señora Kemple, que estaba allí para recibir a su hija Margarita que regresaba de Nueva York con su marido, de su viaje de novios. Poco después veían aparecer el avión, el cual efectuó un aterrizaje impecable y vino rodando hasta el lugar donde esperaba el público.

Alta, sobriamente elegante en su ceñido traje sastre, Reva Tanner apareció en lo alto de la escalerilla adosada al pie de la portezuela del avión.

La fuerte personalidad de Reva Tanner tenía la curiosa propiedad de hacer olvidar casi su extraordinaria belleza. Era una chica como Alvin no había conocido: morena, de pelo negro contrastando con el azul aguamarina de sus grandes ojos, nariz más bien tirando a aguileña y voluntariosa barbilla.

El saludo que se cruzó entre Reva y Alvin fue breve. La muchacha besó a su tío con frialdad.

—Bien, ya estás aquí — dijo Brimhall—. Espero que ésta sea tu última

escapada de casa.

—¿Quieres ir en busca de mi maleta, Sam? — dijo Reva dirigiéndose al chofer, en un tono que hacía imposible una negativa.

Geddes se alejó y Brimhall dijo impaciente:

—Bien, como vais a entreteneros demasiado, yo me vuelvo con el juez Kemple. Tengo que tratar un asunto con él.

Brimhall se alejó con rapidez y Alvin invitó a la muchacha a entrar en el coche con un ademán.

Acomodados en el amplio asiento, mientras esperaban el regreso de Sam, Alvin inquirió cortésmente.

—¿Buen viaje?

—¡Oh, sí! Magnífico. Nueva York es una hermosa ciudad.

—Tu tío me ha dicho que no conseguiste el empleo.

Reva le lanzó una penetrante mirada. Luego volvió la cara para mirar por la ventanilla a Sam Geddes, que regresaba con una maleta. , ˆ

Hasta que el «Rolls-Royce» no se hubo puesto en marcha no volvieron a cruzar palabra. Naturalmente, tuvo que ser Alvin quien forzara la conversación.

—¿Será ésta tu última escapada, como cree Brimhall?

Las bellas pupilas de la joven se posaron sobre Alvin.

—Puedes estar seguro de una cosa. No cejaré hasta encontrar un empleo lejos de Mobile. ,

—Tuviste una buena oportunidad de intentarlo en Nueva York. A veces pienso que no eres tan resuelta como quieres aparentar.

—¿Esperabas que me empleara como dependienta de unos grandes almacenes o de simple barrendera en una fábrica cualquiera? —preguntó ella con displicencia.

—Si yo sintiera como un yugo la mano protectora de los Brimhall y deseara de veras librarme de su tutela, seguramente no me importaría ponerme a trabajar como limpiacristales o descargador en el puerto de Nueva York. Después de todo, en Nueva York nadie te conoce.

—Tengo derecho a escoger el empleo que más me guste, ¿no crees?

—Sin duda. Sólo que a lo que entiendo, eso significa que no sientes con tanta urgencia la necesidad de perder de vista a los Brimhall. Y es natural. Estás bien entre ellos. Vistes con elegancia, conduces un coche, aunque no sea tuyo, y alternas con lo más escogido de nuestra sociedad, aunque no nos consideras propiamente tus amigos.

—¿A qué vienen esos reproches? No creo que seas tú el indicado Para criticar mi conducta. Después de todo no eres más que uno de los esclavos de Brimhall. También comes en la palma de su mano.

No crees que fuera capaz de valerme por mí mismo, ¿eh? —preguntó Alvin mortificado.

—Lo que seas capaz de hacer por ti mismo, no cuenta para Brimhall.

Mientras gires en su órbita no harás lo que tú quieras, sino lo que a él le parezca mejor. Él te indicará cómo debes comportarte en cada circunstancia, a quiénes debes combatir, a quiénes has de adular y hasta la mujer con quien te debes casar. Algún día te sentirás lo suficiente importante para sacudirte la tutela de Brimhall y buscar tu propio camino, pero entonces descubrirás que no eres nadie ni puedes llegar a ninguna parte fuera de la sombra que él proyecta sobre ti. Cuando sepas esto volverás humillado al redil, y ya nunca jamás intentarás sacudirte el yugo de la esclavitud.

—Quieres decir que algo parecido acaba de ocurrirte a ti, ¿no es cierto? — contraatacó Alvin lleno de ardor. Pensaste que un empleo de azafata te iría bien. Un uniforme elegante, una buena paga, viajes a Europa y al lejano Oriente, codeándote con personas importantes: millonarios, príncipes, jefes de Estado… Ese es tu ambiente, algo tan dulce y refinado que no quieres escapar a él, sólo que lo quieres para ti sola, sin deberte a los Brimhall ni tener que soportar su tiránica

—Sí, eso es todo cuanto de ellos he aprendido —dijo Reva con acento de rencor—. Si en vez de educarme para brillar con la luz opaca de un satélite, me hubieran enviado a un colegio donde me enseñaran taquigrafía, contabilidad o química, yo, al menos podría valerme por mí misma y vivir con independencia. Ahora que me doy cuenta de los resultados de su nefasta protección, tengo que empezar desde abajo mi educación y hallar la forma de prepararme para desempeñar cualquier empleo…, una ocupación que me haga sentirme digna lejos de su odiosa y aborrecible tutela.

—Yo creo que exageras la nota. Los Brimhall no se han portado tan mal contigo.

—No se trata de si se han portado bien o mal. Me niego a ser la pariente pobre, ese ser desdichado sin el que apenas puede concebirse una familia rica; la sobrina, prima o tía que nunca se casa, como si por nacimiento le hubiera correspondido el penoso deber de ser simple espectadora de la felicidad de los demás, vestir de negro, peinar moño, velar de los enfermos de la casa y cuidar de los niños mientras los papas jóvenes cumplen con sus deberes de sociedad. ¡No, me niego a tomar ese papel!

Alvin la contempló, admirado del fuego de rebeldía que brillaba en sus hermosas pupilas. Luego se echó a reír.

—Yo diría que tú no eres de las parientes pobres que se quedan para vestir santos. ¡Una chica tan guapa!

—Tengo veintisiete años. Un poco más y ni siquiera querrán tomarme como azafata.

—Bueno dijo Alvin de buen humor—. ¿Qué te parece si, como en último recurso, te casaras conmigo?

Ella le lanzó, rápida, una mirada oblicua.

—¿Estas bromeando, Alvin?

—No.

—Nunca me dirigiste una lisonja, ni me llevaste a cenar ni a bailar…

—Ni te besé nunca, es cierto. Lo cual no quiere decir que no me sobraran ganas de para ello. Tú sabes que siempre he sido un chico estudioso y formal. Pero estoy enamorado de ti. Desde hace tiempo

—¡Oh, no! ¡Por eso no paso! —exclamó Reva indignada, rechazando la mano que buscaba la suya— Conozco los planes de mi tío, relativos a encontrar para marido. Apuesto a que te ha insinuado que deberías declararte a mí.

—¡Reva! —protestó Alvin poniéndose colorado.

—¡Júrame que no es así! —desafió la muchacha encendida.

—¿Pero eso qué tiene que ver, Reva? Los planes de tu tío pueden muy bien haber coincidido con mis deseos — gimió él sintiendo que el terreno se hundía bajo sus pies. a

—¡Ah, ya lo sabía! — exclamó ella—, William Brimhall nunca da un paso ni mueve un dedo sin un objetivo determinado. Yo me preguntaba por qué habría escogido al tonto de Alvin Smythe para elevarlo al rango de fiscal general. Ahora ya sé la razón. El precio que tienes que pagar por tu triunfo electoral consiste en cargar conmigo.

—¡Reva, te prohíbo que hables en esos términos! —gritó Alvin palideciendo de rabia y vergüenza.

—Te humilla reconocer que has tenido que pasar por esto para hacer que te eligieran fiscal.

—¡Mi candidatura nunca estuvo condicionada a nada! —rugió él.

—Tal vez era eso lo que tú te figurabas. ¡Mi pobre y tonto Smythe! Reconoce que te presto un gran favor al negarme a casarme contigo.

—¡Sí, me prestas un gran favor, pero no por lo que te figuras! Yo estaba dispuesto a casarme contigo, lo mismo si resultaba elegido, que si tu ilustre tío se oponía o me quedaba en mi humilde bufete de abogado. Tenía formado un alto concepto de ti. Ahora te digo que ni poniéndome ante un piquete de ejecución me casaría contigo. ¡No, nunca!

Ella se limitó a guardar silencio, mirando obstinada y fijamente a la nuca del conductor.

Alvin se inclinó hacia adelante para descorrer el cristal,

—¡Sam! Haga el favor de parar aquí.

Reva Tanner siguió impasible como una estatua mientras Geddes retiraba el pie del acelerador y arrimaba el auto al bordillo.

Smythe saltó a la acera.

—Puedes decirle a tu tío lo que antes ya le dije a él —rugió Alvin mientras sostenía la portezuela abierta—. Pero añade que, si antes no me hubiera casado contigo sin su aprobación, ahora no lo haría, aunque los

dos vinierais a pedírmelo de rodillas.

Cerró de un formidable portazo.

—¡Adelante, Sam! ¡Lárguese!

El flamante «Rolls-Royce» arrancó, alejándose por Telegraph Road en dirección a la perspectiva de la ciudad que se divisaba al fondo.

Alvin resolló como un búfalo furioso. Sentía el lacerante dolor de las palabras de Reva Tanner clavadas como una espina en su carne. «Yo me preguntaba por qué habría escogido al tonto de Alvin Smythe».

Esto era pues lo que Reva pensaba de él desde mucho antes.

«¡Sí, soy un tonto!», se dijo Alvin, furioso contra sí mismo.

Echó a andar por la acera bajo los árboles.

Poco después, al mirar hacia la calle preguntándose si pasaría algún taxi vacío, vio detenido al otro lado del camino un «Alfa-Romeo» deportivo, de llamativo color rojo.

Alvin conocía aquel auto; era el «Spider» de Daniel Brimhall.

Mirando más allá del coche, descubrió la casa de ladrillo rojo de Julia Hayne. En este momento, Daniel salía de la casa y se dirigía por el sendero de losas, moviendo sus largas piernas y su desgarbada figura, en dirección al automóvil.

Detrás de Daniel, un hombre que vestía un suéter azul de cuello alto y se tocaba con una gorra de marinero, salió hasta la puerta y gritó algo.

Daniel volvió la cabeza, levantó los hombros despectivamente y continuó hasta el coche. No abrió la portezuela, sino que pasó sus largas piernas sobre la baja carrocería y empuñó el volante poniendo el auto en marcha.

Alvin esperó mientras el «Spider» rojo arrancaba con un rugido y daba la vuelta a través de Telegraph Road con escalofriante chirrido de llantas.

—¡Eh, Dan! — gritó Alvin.

Daniel le vio cuando completaba la maniobra pasando junto al bordillo. Aplicó los frenos con brusquedad.

El auto se arrastró gimiendo sobre el asfalto y se detuvo unos pasos más allá. Luego arrancó bruscamente en marcha atrás para ir a detenerse en seco junto a Alvin.

—¿Usted, Smythe? ¿Qué diablos hace por aquí? —preguntó el muchacho.

—Me caí de la «limousine» de tu padre cuando pasaba por aquí, de regreso del aeropuerto, donde fuimos a esperar a tu prima Reva.

—¿Cómo se me olvidó? —murmuró Daniel palideciendo—. ¿Hace mucho que papá pasó por aquí?

—El salió delante en el auto del juez Kemple, unos cinco minutos antes que lo hiciéramos tu prima y yo.

—Entonces tal vez no viera el auto. —Daniel empujó la portezuela—. Suba, le llevaré.

Cuando poco después arrancaba de nuevo, Dan Brimhall preguntó:

—¿Dijo que se había caído de la «limousine»?

—Bueno, en realidad me apeé. —Alvin buscó y halló pronto un pretexto que le evitara tener que hablar de su disputa con Reva—. Tu padre me había dado un encargo, pero a última hora no me atreví a entrar en casa de Julia Hayne.

El muchacho pegó un respingo, volviendo sus asustados ojos hacia Smythe.

—Mira al camino, muchacho, no quiero estrellarme contra un árbol — dijo Alvin. Y continuó después—: Sí, tu padre quiere que utilice mis facultades como fiscal para expulsar a la señorita Hayne de la ciudad.

—¡Usted no puede hacer eso! No existe fuerza lega capaz de obligar a Julia a salir de Mobile.

—Sí, eso es cierto. Sin embargo, existen muchos otros medios, al margen de la fuerza legal, para obligar a una persona a cambiar de aires.

—¡Oh, yo hablaré con papá esta misma tarde y me tendrá que oír! Ustedes no echarán a Julia de Mobile. Y si lo hacen... ¡Oh, si lo hacen soy capaz de...!

—Cuidado, Dan. Yo, en tu lugar, eludiría tocar un tema tan delicado con tu padre. Él está muy disgustado, te aviso. Y si vale el consejo de un amigo, te diré que lo está con razón. Esa Julia no es chica para ti. Bien para pasar el rato, pero temo que te estés sobrepasando...

—¡Usted no puede decir nada malo de ella! — estalló Daniel volviendo la cabeza—. ¡Julia es una buena chica, lo sé! ¡Y yo la quiero, mal que les pese a ustedes!

El auto marchaba a enorme velocidad y Alvin advirtió que se estaban desviando progresivamente hacia el bordillo de la acera. Cogió el volante, empujando para volver el coche al centro de la calzada.

—¡Mira lo que haces, Dan! — exclamó furioso—. Y no lo digo esta vez por Julia Hayne. Allá te las arregles tú con tu padre, pero tienes una forma de conducir suicida.

Daniel volvió a ocuparse de la conducción, aflojando la presión que hacía con el pie sobre el acelerador.

Entraron en el denso tráfico de la ciudad, donde ya brillaban las luces de neón; blancas en las impecablemente alineadas farolas del alumbrado público, rojas, azules y verdes en las muestras parpadeantes de los anuncios.

—Déjame en la Corthouse si no te causo trastorno. Mi auto lo dejé aparcado allí.

Poco después Daniel Brimhall aplicaba los frenos del auto ante la escalinata de la Corte. Alvin empujó la portezuela, preguntando antes de apearse:

—Por cierto, ¿quién era aquel tipo que estaba contigo en la casa de

Julia?

—¿Clark? Es un marinero, un pescador. Salió un par de veces con Julia antes de conocernos y parece que se cree con derecho a protestar porque ella me prefiere a mí.

—¿Fue su novio?

—Bueno, tal vez. ¿Eso qué importa? Clark vino chillando y amenazando, pero le envié al cuerno. Sentí no ser tan fuerte como usted o como Bill. Le habría dado una paliza a ese insolente.

—Te comprendo. Gracias por el viaje, Dan —dijo Alvin saltando a la acera.

El «Alfa-Romeo» arrancó con un rugido y se alejó a buena velocidad sorteando los obstáculos del tráfico.

Smythe sacudió la cabeza y sacó las llaves del bolsillo dirigiéndose hacia su propio coche. Por Goverment Street alcanzó Fulton Road y se dirigió sin prisas a su casa.

La casa de los Smythe, confortable aunque de un estilo que ya había rebasado la moda, había sido construida siguiendo la tendencia moderna de desplazar los barrios de la vecindad lejos del ruidoso y molesto casco urbano de la ciudad. Edificada hacía treinta años, cuando en aquellos lugares sólo existían media docena de grandes mansiones a estilo ochocentista, los terrenos que rodeaban la casa habrían bastado para levantar hasta media docena de aquellas modernas y pequeñas quintas rodeadas de césped o jardín.

Los terrenos habían quintuplicado su valor en pocos años y los Smythe estaban recibiendo continuamente ventajosas ofertas de compra, pero la señora Smythe se negaba a vender un solo palmo de solar, arguyendo que deseaba vivir a sus anchas lo que le quedaba de vida, y morir viendo los mismos árboles, los mismos arriates de flores y los mismos ladrillos que había colocado su marido.

El padre de Alvin había sido un modesto aparejador de obras.

Al llegar a la casa ya le extrañó a Alvin no ver luz en la cocina. Como no tenía planes para salir aquella noche, encerró el automóvil en el garaje y entró en la casa.

Sobre la consola del vestíbulo encontró una nota de la señora Smythe recordándole que aquella noche era la de su acostumbrada partida de canasta y se encontraba en casa de la señora Walworth.

Sonriendo, Alvin hizo una bola con la nota y pasó a la cocina.

Comió un poco de pollo frío y jamón en dulce mientras seguía con escaso interés el programa que daba la televisión. Al cabo de una hora, como estuviera quedándose dormido, cerró el receptor y apagó las luces, subiendo a su habitación.

Empezó a pensar de nuevo en su conversación de aquella tarde con Reva Tanner. Para evitar sus desagradables recuerdos, tomó un libro y se

puso a leer.

Quedó dormido con el libro en la mano.

El teléfono le despertó poco después de la medianoche. Aplicó el auricular al oído. El capitán Paulson se anunció al otro extremo de la línea, comunicando a continuación:

—Perdone si le molesto a estas horas, señor Smythe, pero pensé que debería saberlo usted cuanto antes. Tenemos un caso de asesinato.

—¿Asesinato? — repitió Alvin sacudiendo la somnolencia que todavía embotaba sus sentidos—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es la víctima?

—En Telegraph Road, número mil ciento veinte. Se trata de una chica llamada Julia Hayne.

—Julia Hayne — murmuró Alvin sintiendo que se espabilaba repentinamente—. ¿Saben quién es el asesino?

—Todavía no.

—De acuerdo, voy en seguida — dijo Alvin. Y colgó.

En el reloj despertador de Alvin Smythe eran las 11’55 horas.

## CAPITULO II

Tres autos y una ambulancia estaban estacionados ante el número 1.120 de Telegraph Road, arrimados al bordillo de la acera. Dos de los autos eran blancos con el «capó» azul y ostentaban en la portezuela el escudo de la policía del Estado de Alabama.

Aunque sin distintivos de identificación, el tercer coche pertenecía probablemente también a la policía.

Al fondo del terreno cubierto de césped, la casa aparecía con todas sus ventanas iluminadas. Varias sombras y las luces de un par de linternas se movían en la oscuridad alrededor de la casa.

En la acera, junto a los autos, había un policía uniformado.

Alvin se dirigió hacia el agente.

—Soy Alvin Smythe, fiscal del distrito.

El policía saludó tocándose la visera de la gorra con el extremo de los dedos.

—Buenas noches, señor. Utilice el sendero de losas. Los detectives están buscando huellas en el césped.

Alvin siguió hasta la casa de ladrillo rojo. La luz del porche brillaba encerrada en un globo de cristal. Un policía uniformado montaba guardia junto a la puerta. Alvin pasó a un espacioso *living* en donde se movían varios hombres manejando cámaras fotográficas, polvos amarillos y pinceles.

El capitán Paulson se adelantó saliendo al encuentro del fiscal y saludó tocándose el ala del sombrero.

—Hola, buenas noches, señor Smythe. ¿Por qué se molestó? En realidad, al llamarle por teléfono, sólo lo hice a título informativo. Supuse que no le agradaría tener la primera noticia por lo que digan los periódicos mañana.

—Hizo usted bien, capitán — repuso Alvin un poco secamente.

Le disgustaba profundamente aquel individuo. La inhibición de la policía a las órdenes del capitán Paulson, era en buena parte responsable del abandono da la moral en que se encontraba Mobile.

Los juegos prohibidos, las salas de máquinas tragaperras, el aumento de las bandas juveniles, el auge de la prostitución y otras manifestaciones del vicio, se habían multiplicado en el período de la mala administración de

los rivales políticos de Brimhall.

Los malos funcionarios habían merecido ser derrotados en las últimas elecciones, y todos los que dependían del sufragio popular para conservar sus puestos, habían sido echados. Pero Paulson continuaba en su cargo, el cual no era electivo, sino fijo e implantado en el escalafón general del cuerpo de policía del Estado.

Alvin detestaba a este paniaguado capitán de policía, al cual había visto corriendo a adular a Brimhall, cuando las cosas se ponían tan feas para el partido rival que era por demás inminente su derrota electoral. Paulson era de aquellos tipos que cambiaban de camisa según el color del partido gobernante, haciendo de la adulación un arte que le permitía nadar en todas aguas.

—¿Quiere ver el cadáver? — dijo Paulson señalando hacia la chimenea de ladrillo—. El forense le está examinando.

Alvin siguió al capitán.

El cadáver yacía de espaldas sobre la alfombra, con los pies hacia la puerta y la cabeza contra el zócalo de la chimenea. Tenía los ojos abiertos y desorbitados.

Una bata rosa, de sutil tejido, entreabierta, dejaba ver la combinación interior de nylon color naranja. El encaje inferior de las enaguas quedaba por encima de las rodillas de la occisa. En el escote, la misma prenda estaba desgarrada, rotos los tirantes de la misma, así como uno del sostén. Las esbeltas piernas que Smythe había admirado aquella tarde aparecían cubiertas por finas medias. Uno de los pies estaba descalzo, y en los dedos del otro había enganchada una zapatilla.

No se advertían manchas de sangre sobre la alfombra.

A cada lado del cadáver había un diván, y cerca de los pies una mesilla baja, tumbada.

El doctor James Dyes, que había tomado su cargo de forense al mismo tiempo que Smythe el suyo de fiscal, examinaba la parte posterior de la cabeza de la occisa. Cuando Alvin se acercaba, Dyes dejó suavemente la cabeza de la muchacha sobre el zócalo de la chimenea y se incorporó, sacando el pañuelo para limpiarse la sangre de las manos.

—Hola, Alvin — saludó el forense—. No nos han dejado mucho tiempo para descansar después de tomar el cargo, ¿eh?

—¿Cómo murió? — preguntó Alvin.

—Debieron empujarla violentamente hacia atrás. Al caer se dio con la parte posterior del cráneo en el zócalo ele la chimenea. La muerte debió de ser instantánea. Otra teoría pudiera ser que el asesino la golpeó repetidamente contra el zócalo. He apreciado huellas de dedos en la garganta de la víctima.

—A propósito de esto —dijo Paulson—. ¿Quiere venir un momento, señor Smythe?

El capitán condujo a Alvin hasta uno de los rincones del *living* rodeando uno de los divanes. Sobre una pequeña mesa había una máquina de escribir portátil, y en ésta una hoja de papel introducida en el carro.

—Véalo usted mismo. El asesino se disculpó antes de huir.

Alvin se inclinó sobre la máquina para leer lo que había escrito en el papel.

> «No quería matarla. Discutimos, se cayó hacia atrás y se dio en la cabeza con el borde de la chimenea. No fue un crimen. Lo siento.»

—¡Lo siente! —exclamó Paulson—. ¿No es curioso que quisiera disculparse?

—Sí, muy curioso —murmuró Alvin—. ¿Han comprobado si el asesino dejó huellas en las teclas que utilizó para escribir su disculpa?

—No hay huellas. El asesino llevaba guantes o tuvo cuidado de limpiar las teclas con el pañuelo.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—George Hansen, el agente que esta noche prestaba servicio en el barrio. Hansen pasó por la calle a las once y cuarenta minutos, vio que las luces seguían encendidas en la planta baja y se acercó a investigar. Encontró la puerta entreabierta, entró y encontró a la chica muerta.

—¿A qué hora debió de ocurrir el crimen poco más o menos?

La pregunta iba dirigida al médico forense, el cual respondió:

—A pesar de las tonterías que se han dicho en las novelas policiacas acerca del «rigor mortis», la apreciación de la hora del fallecimiento es una de las cosas más difíciles de dictaminar por el médico forense. No cabe duda, sin embargo, que la mujer lleva muerta varias horas.

Alvin concentraba sus recuerdos de últimas horas de aquella tarde. Julia Hayne estaba viva alrededor de las cinco y media, cuando Daniel Brimhall la dejó con el marinero... ¿Cómo dijo Dan que se llamaba? ¡Ah, sí! Clark, este era el nombre.

Se volvió de nuevo hacia Paulson.

—He visto a sus hombres ahí afuera examinando el césped. ¿Significa eso que encontraron alguna huella?

—En general, una alfombra de césped no retiene las huellas de pasos, pero puede indicar que alguien ha pisado la hierba si, como en este caso particular, el césped ha sido regado recientemente.

—Vi a la señorita Hayne regando el césped esta tarde cuando pasaba por aquí camino del aeropuerto — observó Alvin.

—En efecto, el césped está empapado. Tan mojado que se había hundido allí donde cierta persona pisó después de haber sido regado. Desgraciadamente, la hierba no retiene detalles tan interesantes como serían los dibujos del tacón o alguna otra seña particular en la suela. Pero ahí viene el sargento Snell. Él nos los dirá.

En efecto, el sargento de detectives Snell entraba en este momento. Snell era de estatura más bien baja, grueso y pesado.

Dijo Snell:

—Capitán, si los fotógrafos han terminado aquí me gustaría llevarlos afuera. Hemos encontrado algunas huellas.

—¿En el césped? — preguntó Alvin.

—Bueno, también en el césped. Alguien que llevaba un bastón de contera metálica hizo un par de agujeros. Lo más interesante, sin embargo, son las huellas de unos pies embarrados que pisaron el sendero de cemento al pie de la ventana de la alcoba.

—Vamos a ver eso —dijo Paulson. Antes de seguir al sargento dijo dirigiéndose al forense—: En lo que respecta a nosotros, ya puede levantar el cadáver.

Dyes hizo una seña a un par de hombres que esperaban cerca de la puerta, junto a una camilla. Alvin se dirigió hacia el teléfono, que descansaba sobre una camilla arrimada a uno de los divanes. El teléfono era blanco, lo que hizo pensar a Alvin que probablemente se podía instalar también en la alcoba.

Como deseaba hacer una llamada privada, Alvin desenchufó el aparato y buscó la habitación.

La alcoba daba directamente al *living*. Aunque bien amueblada en términos generales, cierto desorden indicaba una personalidad indisciplinada en la mujer que la había ocupado. La cama no había sido tocada y sobre ésta se veía una maleta abierta conteniendo algunas prendas de ropa interior. Dos de los cajones de la cómoda estaban abiertos y de uno de ellos colgaba una media. Sobre la cómoda descubrió una fotografía de Daniel Brimhall en un gran marco de cuero.

Encontró junto a la cabecera de la cama el enchufe correspondiente para conectar el teléfono. Alvin cerró la puerta de la alcoba, enchufó el aparato y marcó uno de los dos números de la mansión de los Brimhall.

Contestó una voz varonil:

—Mansión Brimhall. ¿Sí?

—Soy el fiscal, Alvin Smythe. ¿Puedo hablar con el señor Brimhall?

¡Ah, es usted, Smythe! Soy Bill. ¿Quiere hablar con papá? No sé si podrá. Acabo de regresar y me encuentro la casa patas arriba. No hace todavía diez minutos que trajeron a papá del hospital.

—¿Míster Brimhall ha estado en el hospital? — preguntó Smythe sorprendido—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Oh, usted no lo sabe todavía, claro está! Yo había pensado que llamaba para saber de papá después del accidente...

—¿Su padre ha sufrido un accidente?

—Sí, un accidente de automóvil. Nada grave por fortuna, sólo unos ligeros arañazos y la consiguiente conmoción. El auto quedó destrozado.

—¿Qué me dice? ¿Cómo ocurrió?

—Bueno, no estoy muy bien enterado. A lo que parece, papá colisionó con un camión en un cruce de calles. Lo llevaron inmediatamente al hospital. Daniel y la prima Reva fueron a buscarle al hospital y lo trajeron a casa hace unos minutos. ¿Quiere que le diga que ha llamado?

—No le moleste ahora. Voy a verle personalmente en unos minutos.

Alvin dejó el teléfono sobre la horquilla. Se dirigió a la cómoda, sacó el retrato de Daniel del marco y lo guardó en el bolsillo de su americana bajo el sobretodo. Luego salió.

El doctor Dyes estaba poniéndose el sobretodo, a punto de marcharse.

—Dyes, ¿sabía usted que míster Brimhall ha sufrido un accidente de automóvil? — preguntó Alvin.

—¡Oh, sí! El doctor Sinclair me telefoneó desde el hospital alrededor de las ocho y cuarto aproximadamente, dándome cuenta de que acababa de ser ingresado el señor Brimhall. Aunque Sinclair aseguraba que no había lesiones de importancia me trasladé al hospital, donde en efecto comprobé que míster Brimhall sólo sufría de una ligera conmoción. Todavía estaba con él cuando telefoneó la policía notificando la muerte de esa chica.

—¿Informó usted a míster Brimhall de la muerte de Julia Hayne?

—Le dije lo que sabía, que la habían encontrado muerta,

—¿Cuál fue la reacción de míster Brimhall?



*—Tú no investigarás nada...*

—Ninguna. Cerró los ojos y recostó la cabeza en la almohada.

—¿Estaba Dan Brimhall allí?

—Sí.

—¿Qué dijo el muchacho?

—Nada. Se echó a temblar. Daba diente con diente, a tal punto que hube de recetarle un calmante. —Dyes hizo una pausa, miró gravemente a Alvin y preguntó: — ¿Es cierto que el muchacho tenía un lío con la víctima? Bueno, quiero decir… que eran novios.

—Sí. Y no veo cómo vamos a evitar que el nombre de los Brimhall se vea mezclado en el asunto.

—Mal negocio —dijo Dyes sacudiendo la cabeza—, Malo. ¿Va usted hacia el centro? ¿Querría llevarme en su auto?

Alvin asintió. Cuando salían juntos se encontraron con el capitán Paulson en el pórtico de la casa.

—¿Puedo hablar reservadamente con usted, señor Smythe? —inquirió el policía.

Alvin miró al doctor Dyes y éste comprendió.

—Voy delante, le esperaré en su automóvil —dijo alejándose.

Alvin y Paulson echaron a andar lentamente por el sendero de losas, quedándose rezagados respecto a Dyes.

—¿Ocurre algo, capitán? —preguntó Alvin.

Se detuvieron. Paulson carraspeó.

—Hay algo que me preocupa, señor Smythe. Usted acaso no ignore, pues es del dominio público, que la víctima estaba relacionada más o menos íntimamente con Daniel Brimhall.

—Sé casi todo respecto a las relaciones de Daniel con esa muchacha.

—El asunto puede presentarse desagradable para el chico. Lo que yo necesito saber ahora, es hasta qué punto podemos llegar en nuestras investigaciones.

—No le comprendo muy bien, Paulson. ¿Qué quiere decir?

—Supongamos que el muchacho resultara culpable…

—¿Daniel? ¡Oh, no! —rechazó Alvin con energía—. Dan no pudo matar a la chica. De eso estoy seguro.

—Pero si a pesar de todo hubiese sido él…, ¿eh? No podemos proceder en este asunto a la ligera. Quizá sea mejor no profundizar demasiado, no vaya a saltarnos la liebre en las propias narices y nos veamos obligados a matarla. El resbalón podría costamos la carrera a usted y a mí. Al menos en eso espero que estemos de acuerdo.

—¿Me está proponiendo tender una cortina de humo, de modo que el asunto se embrolle para alejar las sospechas de Daniel Brimhall? ¿O llega

todavía más lejos, proponiéndome cerrar los ojos y echar tierra al asunto, por aquello de si pudiera resultar complicado el hijo de Brimhall?

—Usted acaba de tomar posesión del cargo, señor Smythe. Este es su primer caso de asesinato…, pero podría ser también el último si mete la mano más lejos de donde debe.

—¿Por qué no habla más claro? —rugió Alvin furioso.

—Se lo diré más claro —repuso Paulson con rudeza—. Usted no puede llevar al hijo de Brimhall ante la Corte, acusado de asesinato.

—Estamos investigando un caso de asesinato —repuso Alvin—. Su obligación es traerme al asesino para que yo le lleve al banquillo de los acusados.

—¿Aunque se trate del hijo de Brimhall?

—¡Aunque se trate del hijo del Presidente de los Estados Unidos!

—Usted debe de estar loco —rezongó Paulson entre dientes—. Pruebe a ponerle la mano encima al muchacho y verá lo que dura en el cargo de fiscal.

—Los contribuyentes de este distrito me eligieron fiscal por votación. Yo represento la Ley en esta ciudad, y la Ley es igual sin discriminación para todos los ciudadanos. Por lo tanto, mi orden es ésta: ¡Arrésteme al culpable!

—¿Sea quien sea?

—¡Aunque sea el mismísimo demonio! —rugió Alvin.

—No me pida que lo haga.

—Si no lo hace informaré sobre usted para que le expulsen del Cuerpo de Policía.

Paulson dejó caer una furiosa mirada sobre Smythe. Luego dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas regresando hacia la casa.

Alvin continuó hasta su automóvil, donde encontró al doctor Dyes esperándole. Después de poner el auto en marcha y dar la vuelta para regresar a la ciudad, mientras corrían por la desierta Telegraph Road, Dyes comentó:

—¡Caramba, Smythe, conduce usted como si fuéramos a conquistar el Gran Premio de Anapolis! ¿No basta con el accidente de Brimhall por esta noche?

Alvin aflojó la presión del pie sobre el acelerador. Cinco minutos después dejaba al doctor Dyes en el centro de la ciudad y continuaba hasta la mansión de los Brimhall.

La luz que brillaba arriba en un par de ventanas, indicaba que al menos había alguien levantado en la lujosa mansión.

Fue Reva Tanner quien salió a abrir la puerta.

—¿Cómo sigue el señor Brimhall? —preguntó Alvin pasando ante la chica para detenerse en el centro del inmenso *hall*.

—Ahora descansa.

—¿Dónde está Dan? Necesito hablar con él.

—¿Daniel? Hace casi una hora que se retiró a su habitación. Debe de estar durmiendo.

—No creo que pueda dormir mucho esta noche —dijo Alvin empezando a subir la monumental escalera de mármol.

Alvin Smythe había frecuentado bastante la casa en los últimos años para saber dónde se encontraba cada habitación. Al llegar al corredor se encaminó sin vacilaciones al cuarto de Daniel. Empujó la puerta y entró.

Dan Brimhall estaba echado vestido en la cama y se volvió sobresaltado a mirarle. En el velador, junto al lecho, se veía un cenicero colmado de cigarrillos a medio consumir.

—Hola, Dan — dijo el fiscal cerrando y avanzando hasta el muchacho —. ¿Desvelado?

—No creerá que uno se pueda dormir en estas condiciones. ¿Lo sabe ya? ¡Han asesinado a Julia!

—Lo sé, vengo de allí — Alvin echó mano de una silla y se sentó en ella a horcajadas cruzando los brazos sobre el respaldo.

Con mano temblorosa, el muchacho sacó un cigarrillo del paquete y lo llevó a sus labios. Ofreció el paquete a Alvin, el cual lo rechazó moviendo la cabeza.

Alvin observó a Dan mientras éste encendía el cigarrillo.

—¿Estuviste allí, Dan? — preguntó de sopetón.

Dan Brimhall le lanzó una asustadiza mirada. Luego se tendió sobre la revuelta cama y negó.

—No. Es decir, estuve allí esta tarde cuando usted me vio.

—¿Y después?

—No. Después no.

—¿No saliste de casa?

El muchacho vaciló antes de contestar:

—Sí, salí... para ir a hablar con papá a casa del juez Kemple.

—¿Fuiste a buscar a tu padre a casa del juez? ¿Porqué?

—Telefoneó a casa diciendo que los Kemple le habían invitado a cenar, y que probablemente volvería tarde. Fue entonces cuando decidí ir a buscarle allí.

—¿Era tan urgente lo que tenías que decir a tu padre que no admitía espera, Dan?

—No se trataba de si tenía espera o no. Yo estaba furioso respecto a lo que usted me había dicho acerca de las intenciones de papá de expulsar a Julia de la ciudad y tenía que decirle... lo que le dije.

—Háblame de ese marinero, Dan. ¿Clark es su nombre?

—Sí, Herald Clark.

—Tú estabas con Julia cuando Clark llegó... ¿O él ya estaba en la casa cuando tú llegaste?

—Clark estaba allí discutiendo con Julia cuando yo llegué. Le dije que se largara y me dio un empujón tirándome contra la puerta. Él es mucho más fuerte que yo. Entonces, él quiso echarme fuera. Julia me rogó que me marchara. Mientras Clark y yo discutíamos, ella había telefoneado a la policía desde la alcoba. Esperaba que la policía llegaría de un momento a otro, y también a mí me pareció que lo más prudente sería marcharme antes que se presentaran los agentes.

—¿Quién crees que pudo asesinar a Julia? ¿El mismo Clark tal vez?

—¡Sí, fue él, estoy seguro! — exclamó Daniel con pasión—. La había estado amenazando antes que yo llegara. Trataba de convencer a Julia de que mi familia jamás permitiría que yo me casara con ella.

—¿Habían llegado las cosas tan lejos, Dan? ¿Habías hecho promesa a Julia de casarte con ella?

Daniel Brimhall no contestó, limitándose a mirar al techo a través de las aspírales de humo de su cigarrillo.

—¿Te das cuenta que una promesa de casamiento podía resultar muy comprometedora para ti... sobre todo si la hiciste delante de testigos?

¿Y qué importa eso ya? ¡Julia está muerta! —gritó Dan furioso.

—¿Cuándo Clark le decía a Julia que era una tonta si pensaba que podría casarse contigo…, tú protestabas asegurando que ibas a casarte con ella, aunque no le gustara a tu familia?

El joven Brimhall no llegó a contestar esta pregunta. El chasquido de la puerta le hizo volverse sobresaltado. Alvin también miró hacia la puerta, donde quedaba enmarcada la corpulenta y maciza figura de míster Brimhall, vistiendo pijama y calzando zapatillas.

Brimhall mostraba en la mejilla un arañazo y sobre la ceja una tira de esparadrapo.

Alvin se puso en pie en instintiva muestra de respeto.

—Buenas noches, señor Brimhall. ¿Cómo está usted? Hasta hace media hora no supe que había sufrido un accidente...

Alvin se interrumpió, cortado por el imperioso ademán de Brimhall.

—No habrás venido sólo por eso, Alvin. Acabo de hablar por teléfono con el capitán Paulson. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué demonios te propones hacer?

—Nada que esté fuera de razón. Soy el fiscal e investigo un caso de asesinato.

—Tú no investigarás nada, Alvin —dijo Brimhall con dureza—. Te diré lo que has de hacer. Entierra este asunto.

No puedo hacer eso. Acabo de tomar posesión de mi cargo y me debo a mis obligaciones. La opinión pública...

—¡Me importa un rábano la opinión pública! — rugió Brimhall hinchando las venas de su grueso cuello. — Entierra este asunto, Alvin... o tú quedarás enterrado con él.

—¿Es una amenaza? — preguntó Alvin sintiendo revolvérsele las vísceras en violenta reacción de rebeldía.

—Tómalo como quieras. El nombre de los Brimhall no debe verse envuelto en habladurías de la gente y escándalos de Prensa. Cada año, la policía amontona en sus archivos centenares de casos sin solución. El asesinato de Julia Hayne será uno más entre tantos.

—¿Es esa la única razón, señor Brimhall? Teme al escándalo y la murmuración. ¿Por qué, si no hay fundados motivos para temer que su hijo pueda resultar declarado culpable?

—¡Mi hijo no es culpable!

—Pues si no lo es, ¿por qué temerle tanto a una investigación? Si echáramos tierra al asunto, ¿no parecería más bien que tratábamos de encubrir a Daniel?

—Los Brimhall somos una de las familias más antiguas de Mobile. Desde mil setecientos diez hemos permanecido aquí, y los nombres de una larga lista de nuestros antepasados va unida al progreso de esta ciudad. Constituimos la aristocracia de esta comunidad. Nos debemos a las formas y el prestigio de nuestro buen nombre. ¿Cómo esperas que acepte arriesgar en una nadería dos siglos y medio de intachable honorabilidad?

—Un caso de asesinato no es una nadería, señor Brimhall. Es simplemente absurdo dejar de investigar el asunto y permitir que el asesino quede en la impunidad, únicamente para evitar que su hijo se siente en el banquillo de los testigos y declare que tuvo relaciones con una mujer llamada Julia Hayne.

—Si puedo evitarlo, mi hijo no declarará. Y puedo evitarlo, Alvin, por algo soy el hombre más poderoso de esta ciudad.

No era solamente un reto, sino una amenaza también.

Alvin Smythe sintió que palidecía de rabia. Apretó los puños estrujando el sombrero.

—Sus razones no me convencen ni convencerán a nadie, señor Brimhall. Empiezo a sospechar que existe un móvil más poderoso detrás de su pretendida repugnancia a ver el nombre de los Brimhall mezclado en un caso de asesinato.

—¿Qué estás imaginando, Alvin? —rugió Brimhall.— ¡Di!

Julia Hayne estaba haciendo sus maletas para marcharse cuando la asesinaron. Tal vez iba a fugarse con Daniel. Apostaría a que Dan estuvo en la casa esta noche. Tal vez después de su disputa con usted, Daniel resolvió no fugarse con Julia. Tal vez discutieran. Él pudo haberla matado. ¿No es cierto, Dan?

—¡No! —chilló el muchacho saltando de la cama. Quedó de pie ante el fiscal, temblando de pies a cabeza—. ¡Yo no la maté! ¡Lo juro! ¡Julia ya estaba muerta cuando yo llegué!

—¡Ah! —exclamó Alvin—, ¿Luego estuviste allí? ¡Basta, Alvin! —rugió

William Brimhall elevando su voz tempestuosa.

Las tres figuras permanecieron quietas, contemplándose agresivamente. Luego, Brimhall dijo en tono conciliador:

—Quizá sea mejor que lo sepas, Alvin. Daniel estuvo en el lugar del crimen. Ahora comprenderás porque no quiero que se remueva el asunto.

—Yo opino más bien lo contrario. Si Daniel estuvo allí y puede aparecer como sospechoso, la única manera de librarle de toda sospecha consiste en demostrar su inocencia encontrando al verdadero culpable.

—¡He dicho que basta, Alvin! ¡El asunto no se investigará!

—¿Es una orden, señor Brimhall?

—¡Sí, es una orden!

—No puedo aceptar una orden suya en un asunto que no es de su competencia. Yo soy el fiscal del distrito.

—¡Lo eres porque yo te puse en el cargo!

—Conformes. Usted me puso en el cargo, pero ahora que estoy en él no puedo dejar de cumplir con mi deber. El caso será investigado.

—Cuidado con lo que haces, Smythe —dijo Brimhall cuando Alvin cruzaba ante él para ganar la puerta.

Y por extraño que pareciera, en esta ocasión no gritaba.

## CAPITULO III

En el periódico de la mañana, se daba más importancia al accidente automovilístico sufrido por míster William Brimhall, que al asesinato de Julia Hayne.

Por la escasa y parca información relativa al crimen, se dejaba adivinar que los periodistas no habían sido informados hasta que la edición ya estaba en prensa, a altas horas de la madrugada. Ningún comentario, a excepción de la clásica coletilla: «La Brigada Criminal practica las oportunas diligencias para el esclarecimiento del crimen».

¿Qué diligencias practicaría el capitán Paulson, inmovilizado por Brimhall a modo de un fiero perro dogo retenido por la cadena y el collar?

Con dolor de cabeza, malhumorado y asqueado, la mañana no se presentaba muy buena para la meditación.

—Te encuentro mala cara, Alvin —dijo la señora Smythe a su hijo cuando le servía el desayuno—. Regresaste muy tarde. Apuesto a que estuviste bebiendo con los amigos en alguno de esos clubs. Sabes que la bebida no te sienta bien. No tienes costumbre.

—Tienes razón, la bebida que tomé anoche me supo como un tiro en el estómago —repuso Alvin recordando su disputa con Brimhall.

La señora Smythe no había leído todavía el periódico e ignoraba todo lo relativo al asesinato. Poco después Alvin se despedía, besando las plateadas sienes de su madre, sacaba el auto del garaje y se dirigía a Goverment Street, esquina con Royal Street frente al acceso al túnel Bankhead, donde se levantaba la Corthouse, y en ella su oficina del fiscal.

Cuando Alvin pasaba por el corredor, las máquinas de escribir tecleaban furiosamente en las oficinas. Thomas Broom depositaba sobre la mesa de Alvin un montón de papeles. _

—Buenos días, señor Smythe.

—Buenos días, Tom. ¿Qué es eso?

—La información sobre esas salas llamadas de «recreo», el juego prohibido y todo lo demás que usted solicitó.

Era cierto, Alvin había ordenado a sus colaboradores reunir información sobre el asunto. En sus discursos, durante la campaña electoral, Alvin prometió limpiar de granujas, tahúres, pistoleros y aventureras.

Había iniciado el asunto con mucho entusiasmo, pero esta mañana se

sentía con escasas ganas de meterse a estudiar el caso.

Por el contrario, sentíase amargado, defraudado, chasqueado en su confianza en la honradez, y tambaleantes sus convicciones sobre la integridad de los hombres. .

—Tome el teléfono y trate de dar con el capitán Paulson —dijo desganadamente mientras hojeaba las cuartillas con gesto de asco.

Después de un par de tentativas en busca del paradero de Paulson, Tom Broom tendió el teléfono a su jefe.

—El capitán está al aparato.

Alvin aplicó el auricular a su oído.

—¡Hola! ¿Cómo ha dormido usted, señor Smythe? —dijo la ronca voz del policía desde el otro extremo de la línea.

—Dormí bien, como lo hacen las personas con la conciencia en paz —repuso Alvin incisivo—. He leído el periódico, pero no veo por lo que dice que haya practicado ninguna detención.

—Es cierto, llegamos demasiado tarde.

—¿Tarde para qué, capitán?

—Esa chica, la Hayne, tenía un novio pescador, un tal Clark. Fuimos a buscarle, pero había puesto pies en polvorosa. El caso no presenta complicaciones. Clark mató a la chica por celos y a continuación huyó.

—¿Piensa que es realmente tan sencillo? ¿Qué me dice de aquellas huellas que encontraron al pie de la ventana, por el lado exterior?

—¡Ah, las huellas! En efecto, pertenecían a Clark... Lo hemos comprobado. Se trataba de unos zapatos de ante con suela de crepé que Clark abandonó al huir, sin duda por estar empapados.

—Naturalmente, no han hecho tentativas por encontrar a Clark en alguna otra ciudad...

—Le buscamos, aunque sin prisas —Paulson dejó escapar una risita sarcástica—. Probablemente a estas horas ya debe estar muy lejos de Mobile, en Florida o tal vez en Mississipi. ¿Qué importa? Los periódicos publicarán la noticia esta tarde y asunto concluido.

Alvin dejó caer el teléfono sobre la horquilla con estruendo.

Broom le miraba extrañado.

—Está bien, Tom. Vamos a continuar estudiando el problema de la moral en nuestra ciudad —dijo Alvin pegando una palmada sobre el montón de informes.

Hasta unos minutos antes de las doce, Smythe estuvo discutiendo con sus colaboradores un plan de campaña para proceder a la limpieza progresiva de la ciudad de vagos, truhanes y cortesanas. Faltando poco para que Alvin abandonara el despacho, sonó el teléfono y escuchó en el auricular la firme y bien timbrada voz de Reva Tanner.

—¿Smythe? Soy Reva Tanner.

—¿Sí?

—Estoy en el «Dixie». Si te es lo mismo almorzar aquí que en cualquier otra parte, podrías venir a reunirte conmigo y hablaríamos.

Alvin no era rencoroso por temperamento. Aunque dolido por el desplante de Reva Tanner, Alvin no era de la clase de hombres que piensan que eran indignas de él todas las chicas que le dieron calabazas.

Reva daba el primer paso para una aproximación, quizá arrepentida de sus ex abruptos del día anterior. Alvin no rechazaría a una buena amiga, simplemente porque nunca hubiera de ser otra cosa que una amiga.

—De acuerdo. Estoy ahí en diez minutos.

Exactamente nueve minutos después, Alvin entraba al restaurante y veía a Reva haciéndole señas desde uno de los reservados en forma de palco. Ella había previsto su llegada pidiendo dos «Martinis». Alvin entregó el sombrero y el sobretodo a la camarera y fue a tomar asiento en el diván junto a Reva.

—Fresco y suave —dijo Alvin aprobadoramente después de probar su «Martini»—. Perfectamente. ¿Qué tripita se le ha roto a la altiva princesa?

—Sin ironías, señor Smythe —dijo la muchacha con un relámpago de fiereza en las azules pupilas.

—Está bien, sin ironías. ¿A qué se debe que estemos sentados juntos a la misma mesa?

—En primer lugar, tenía que disculparme por la forma brusca en que te traté ayer tarde.

—Trataré de ser elegante diciendo que todo está olvidado.

—¿Lo está en realidad? —preguntó ella.

Alvin levantó los hombros.

—Bueno, en realidad tú no querrás que lo olvide todo. Sería vuelta a empezar, yo declarándome y tú rechazándome indignada. Ahora, sin embargo, puedes sentirte tranquila. Brimhall tal vez haya dejado de opinar que pudiera ser un buen marido para ti.

—Sí, justamente de eso quería hablarte. Mi tío está furioso contra ti. Temo que estés comprometiendo tu carrera. Esta mañana echaba pestes contra esa clase de individuos desagradecidos que se revuelven contra uno, luego que uno les ha ayudado a llegar. Creo que dijo algo respecto a…

—«Cría cuervos y te sacarán los ojos».

—Sí, eso dijo exactamente.

La camarera llegaba para tomar nota. Luego que se marchó, Alvin dijo sacudiendo la cabeza:

—En efecto, Brimhall está furioso contra mí. Tuvimos una violenta disputa anoche. El joven y osado fiscal se permitió contradecir al rico e ilustre prócer.

—¿Fue por Daniel, no es cierto?

—Sí. Tu tío se negaba a que siguiera adelante la investigación sobre la muerte de Julia Hayne. Sin duda temía que si empezábamos a hurgar en el

asunto resultase complicado el muchacho. La verdad es que Dan estuvo en el lugar del crimen alrededor de la hora en que éste se cometió. El asegura que encontró a la chica muerta cuando llegó.

—Y sin duda dice la verdad. Un marinero llamado Clark, antiguo novio de Julia, fue quien la mató en un arrebato de celos.

—Pareces muy enterada del asunto...

—Él capitán Paulson habló de esto delante de mí durante el desayuno. Ha huido. Se ha demostrado que estuvo espiando la casa a través de la ventana de la alcoba. Julia debía estar preparando sus maletas. Clark adivinó que se preparaba para la fuga, entró y la asesinó.

—En efecto, había una maleta a medio hacer sobre la cama de la alcoba. ¿Con quién se disponía a huir ella? ¿Con Daniel, tal vez?

—Sí. Yo estaba en casa cuando llegó Dan después de haber disputado con su padre en casa del juez Kemple. Aunque no quiso decirme de qué había hablado con su padre, yo se lo adiviné en el rostro. Subí a su habitación y le sorprendí haciendo la maleta. Discutí con él, intenté persuadirle de que cometía una locura, pero no quiso escucharme. Entonces decidí telefonear al domicilio del juez Kemple y decirle a mi tío lo que ocurría.

—¡Ah! — exclamó Alvin con un relámpago de interés en las pupilas—. ¿Así que avisaste a Brimhall? ¿Qué dijo él?

—Dijo que tratara de retener a Dan, que él venía en seguida para casa.

—Pero no llegó a tiempo...

—No. Un accidente de tráfico le detuvo.

La linda camarera volvía con los platos solicitados, De nuevo guardaron silencio hasta que la chica se alejó. ,

Dijo Alvin entonces:

—He leído en el periódico que el accidente ocurrió a las ocho y tres, o las ocho y cinco minutos. ¿Qué hora era cuando telefoneaste a tu tío?

—Eran las siete y treinta. Lo recuerdo muy bien, porque a partir de ese instante no dejé de echar miradas al reloj rogando para que llegara de un momento a otro.

—Brimhall debió tomárselo con bastante calma. Media hora para ir desde casa del juez a vuestra mansión, en una hora en que apenas hay tráfico. Quizá antes de ir directamente a casa se pasó por el domicilio de Julia Hayne... — Alvin se interrumpió arrugando el ceño, mirando ante sí su plato mientras murmuraba. Sí. ¿Por qué no? Un padre furioso que va a entrevistarse con la aventurera que intenta llevarse a su hijo... que discute con ella... la coge del cuello y...

—¡Alvin! — protestó Reva roncamente—, ¡Tú no pensarás que mi tío pudo asesinar a esa chica!

—Pudo hacerlo. Tuvo la oportunidad y el móvil. Le venía de paso, con sólo desviarse un poco de la ruta.

—¡Pero él no pudo matarla, Alvin! Mi tío tuvo un accidente de automóvil a las ocho y cinco minutos. ¡Y a esa hora Julia Hayne estaba viva todavía!

Alvin levantó con vivacidad los ojos.

—¿Cómo puedes saberlo? .

—La propia Julia telefoneó preguntando por Daniel a las ocho y diez minutos. Aproximadamente a la misma hora, mi tío ingresaba en el hospital. Recibí la llamada del cuartel de policía dos minutos después. Y mi tío ya no se movió del hospital hasta que regresamos a casa alrededor de la medianoche.

Él rostro de Smythe expresó un súbito desencanto. Apagado el brillo de sus ojos, frunció los labios y sacudió la cabeza antes de exclamar con acento de contrariedad:

—¡Vaya! ¿De modo que la propia Julia telefoneo a las ocho y diez minutos? ¿Fue Daniel quien acudió al aparato?

Daniel acababa de marcharse hacia diez minutos, después de haber tratado yo de retenerle inútilmente. Le seguí hasta el parque. Cuando vi perderse las luces de su auto regresé a la casa. Entonces sonó el teléfono.

—Y era Julia Hayne.

—Sí.

—¿Había llamado ella alguna otra vez a la mansión de los Brimhall?

—No, nunca. Hasta entonces había sido discreta. Tal vez anoche se sentía impaciente mientras esperaba a Dan y llamó preguntando por él.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Preguntó si era aquella la casa de los Brimhall Dijo que era Julia y preguntó si Daniel estaba en casa Le dije que acababa de marcharse. Entonces colgó.

Smythe guardó silencio. Al cabo de unos minutos, Reva insinuó:

—Sin duda has sufrido un desencanto. Apuesto a que te hubiera gustado tener un motivo para cargarle el crimen a mi tío.

—No se trata de eso —negó Alvin, aunque en su fuero interno sí se sentía desencantado—. En mi papel de fiscal estoy obligado a sospechar de todo el mundo.

—Yo diría que estás llevando demasiado lejos tu papel. Le debes cuanto eres a Brimhall. ¿A qué viene esa forma de ensañarte con tus protectores? ¿Te crees ya lo suficiente fuerte para tender las alas y volar fuera del nido, dando de picotazos a la mano que te protege?

—Es curioso que me hables así —repuso Alvin con aspereza—. No más lejos que ayer me despreciabas llamándome esclavo de Brimhall. Supongamos que decido sacudirme los grilletes y rebelarme. ¿Vas a recriminarme por algo que tú misma has intentado hacer?

—Cada cosa a su tiempo —repuso la joven sonriendo-. No te han de faltar ocasiones para demostrar que posees una personalidad propia. No se

trata de lanzar un aullido de piel roja y echarse a matar y degollar. Fíjate en mí. Sigo esperando mi oportunidad. Lo único que conseguirás obrando impetuosamente, será arruinar tu carrera. Brimhall es un enemigo poroso, implacable. Si te pones contra él te destruirá

—¿Quieres que vaya a besarle la mano? —refunfuñó Alvin.

—Creo que debes intentar hacer las paces con él.

—Soy orgulloso. No sé si podré.

—Después de todo, yo estaba en mi lugar. Soy el fiscal. ¿Pero qué clase de fiscal sería, si solo aplicara la Ley a mi conveniencia y la conveniencia de mis amigos? Brimhall no puede pedirme que haga una cosa

—Le has enseñado los dientes. Por una temporada basta con eso.

Reva consultó su reloj de pulsera.

—Lo siento, debo marcharme. Tengo una cita con el dentista a la una.

Alvin la despidió de pie. Estuvo contemplándola mientras salía y luego volvió a sentarse Tomo café y fumó mi cigarrillo. Todavía estaba meditando las palabras de Reva Tanner, cuando entró en el restaurante un vendedor de periódicos pregonando con voz alta.

—¡Ha salido «Psicosis»! ¡Con fotografías y detalles sobre el asesinato de Telegraph Road mil ciento veinte! ¡«Psicosis», el semanario del suspense con los relatos más escalofriantes!

«Psicosis» era, en efecto, tal como lo pregonaba el vendedor, un semanario que se editaba en el mismo Mobile y que recogía las historias más escalofriantes a cerca de cuantos crímenes, robos, violaciones, escándalos y demás inmundicias por el estilo se producían en el ámbito nacional.

Alvin abominaba de aquel despreciable periodicucho, el cual no obstante, contaba con un número sorprendente de lectores, realizando un negocio editorial que para sí quisieran los doctos y graves periódicos de la localidad.

Aunque las páginas del semanario destilaban sangre, maldad y podredumbre, había que reconocerle el mérito de un dinamismo combativo, expresado en las más insolentes de las audacias. Los reporteros del «Psicosis» se metían en todas partes, fisgoneaban en la intimidad más hermética y llegaban hasta donde en ocasiones la policía no podía llegar.

Alvin tenía el propósito de buscarle los tres pies al gato hasta demostrar que, tras la pantalla del inmundo periodicucho, se escondía en realidad una pandilla de granujas y chantajistas, pues no toda la información recogida se publicaba.

Alvin conocía más o menos vagamente de un par de casos en que los editores del «Psicosis» habían sacado con amenazas a personas que no deseaban ver aireados sus asuntos en las páginas de aquel periódico. Lo malo del asunto era que las personas perjudicadas se negaban a denunciar

al periódico por temor a las represalias.

En el restaurante, varios comensales se apresuraron a comprar el periódico, mientras el dueño del local acudía furioso a echar al vendedor. Alvin hizo una seña al muchacho.

—Dame uno, chico.

El dueño del «Dixie» llegaba en este momento y quedó confuso al ver a todo un señor fiscal comprando aquel infame periódico.

—Bueno, vete ya —dijo por lo bajo empujando al muchacho.

Alvin no dejó de notar la mirada de censura del dueño del local.

El relato del crimen de Telegraph Road ocupaba enteramente la primera plana. Alvin se preguntó cómo se las habrían arreglado los reporteros del periódico para obtener la fotografía de la muerta, que figuraba en lugar destacado. Por lo demás, teniendo en cuenta la parca información del periódico de la mañana, el «Psicosis» demostraba estar cien veces mejor enterado de todo lo relacionado con el crimen.

«Psicosis» daba cuenta de la fuga de Herald Clark, cuya relación con el crimen parecía demostrarse por las huellas de unos zapatos de suela de crepé que se encontraron al pie de la ventana de la víctima, zapatos que según había demostrado la policía, pertenecían al fugitivo Clark. . .

Un conductor de taxi, que aparecía sonriente en la fotografía que daba el semanario, aseguraba haber recogido a Clark alrededor de las 7’45 de la tarde del crimen, en la entrada del viaducto de Telegraph Road, y le había llevado hasta el número cuatro de Summit Street.

En Summit Street número cuatro, Herald Clark se había reunido con una amiga llamada Marión Shorter, la cual ocupaba un departamento de dos habitaciones en el inmueble, en compañía de otra amiga llamada Catherine Carver. Al llegar Clark alrededor de las ocho, Catherine Carver entendió que sobraba y salió a reunirse con un amigo que la llevó al cine. Catherine no regresó esa noche a su apartamiento, pero cuando volvió a la mañana siguiente encontró que su amiga y Clark habían desaparecido.

Marión Shorter se había llevado consigo alguna ropa en una maleta pequeña, lo cual hacía suponer que su desaparición en compañía de Clark tenía todo el carácter de una fuga.

Alvin Smythe quedó en suspenso después de leer cuidadosamente el reportaje del «Psicosis». Clark, el presunto asesino, había sido recogido por un taxi en la entrada de viaducto de Telegraph Road para hacerse conducir al número cuatro de Summit Street, adonde había llegado alrededor de las ocho de la tarde,

A las ocho y diez minutos de aquella tarde, Julia Hayne estaba todavía viva y telefoneaba a la mansión de los Brimhall preguntando por Daniel. Aunque Clark hubiese tomado otro automóvil para regresar al mil ciento veinte de Telegraph Road inmediatamente después de abandonar el taxi, seguramente no habría llegado a tiempo de asesinar a Julia Hayne antes

que llegara Daniel Brimhall. ¡Herald Clark no pudo ser el asesino de Julia Hayne!

## CAPITULO IV

Después de escuchar atentamente al joven fiscal, el juez Kemple guardó silencio mientras reflexionaba apoyando la barbilla sobre el pecho. Levantó los ojos para echar una mirada al ejemplar del «Psicosis» desplegado sobre la carpeta de su mesa, se echó atrás en el si1lón giratorio y juntó los dedos de ambas manos en actitud de orar, rascándose la barbilla.

—¿Estás pensando de nuevo en Daniel Brimhall Alvin? —preguntó.

—Si Clark no mató a Julia Hayne, por fuerza tendré que fijar otra vez mi atención en él. Todo lo que el muchacho puede decir en su disculpa, es que llegó al lugar del crimen y encontró a la mujer sin vida. No avisó a la policía. Se limitó a huir y a esperar a que otros descubrieran el cadáver. La actitud de Dan es evidentemente sospechosa.

—Un muchacho del carácter de Daniel podría asustarse fácilmente y obrar como él lo hizo. Examinemos detenidamente del caso. La única prueba que tenemos de que la víctima vivía todavía a las ocho y diez minutos de la tarde, nos la da esa precipitada llamada de teléfono a la mansión de los Brimhall. Reva Tanner recibió la llamada, pero según la misma Reva nos dice, esa era la primera vez que escuchaba la voz de Julia Hayne a través del teléfono. ¿Cómo sabemos que era realmente la víctima la que hablaba? Clark, al alejarse del lugar del crimen, toma un taxi y se hace conducir a casa de su amiga Marión Shorter. Ha pensado presentar una coartada y ruega a su amiga Marión que llame por teléfono a la mansión de los Brimhall preguntando por Daniel. De esta simple forma queda retrasada la hora del crimen por lo menos treinta minutos; los que Daniel Brimhall tardará en llegar al número mil ciento veinte de Telegraph Road y encontrarse con el cadáver de su novia.

—He pensado también en eso. Mis hombres trabajan en este momento tratando de comprobar la versión del periódico. Tengo para mí que Clark no huyó.

—¡Cómo! La policía le ha estado buscando...

—Sin ánimo de encontrarle. Sin embargo, es casi seguro que Clark ha abandonado el Estado de Alabama.

—Eso se contradice, Alvin. Si Clark ha salido del Estado, entonces es que ha huido.

—O le han obligado a huir.

—No te entiendo muy bien, Alvin. Si lo que quieres decir… . . ,

—Lo que quiero decir es que la misma policía fue en busca de Clark al departamento de Marión Shorter, metieron a ambos en un auto oficial y se los llevaron a esconderlos en alguna parte, fuera del Estado de Alabama. El capitán Paulson necesitaba presentar a un culpable, pero tenía que impedir que ese hombre fuera obligado a comparecer ante un jurado para dar cuenta de su delito. Este es un puerco asunto en el que juegan un papel principal la influencia política, el prestigio personal y el temor al escándalo por parte de William Brimhall. Todo se reduce a evitar que el ilustre nombre de los Brimhall salga a relucir en un juicio relacionado con el crimen de una muchacha de vida dudosa.

—Temo que vas demasiado lejos en tus apreciaciones respecto al asunto, Alvin. Las cosas no pueden ser tan siniestras como tú las ves.

—Supongamos que le demuestro que son como las presiento. Necesito saber si está usted dispuesto a ayudarme.

—¿A ayudarte contra Brimhall? ¿Es eso lo que Quieres decir?

—¡No, no y mil veces no! — rugió Smythe acompañando cada protesta con un enérgico puñetazo sobre la mesa —. ¿Por qué cada vez que intento remover este asunto ha de surgir la cuestión personal? Estamos investigando un crimen, tratando de hallar y castigar al culpable. Y no importa si se llama Brimhall, o Clark, o Perico o Andrés. Sea quien sea y llámese como se llame, tenemos el deber de desenmascararle. Y, o se hace así, o tendré que admitir que es falso el principio de que la Justicia se ha hecho igual para todos los hombres de este país.

—Alvin —dijo Kemple suspirando—. Eres muy joven y te falta experiencia de la vida. Tal vez algún día tú mismo seas un juez y te veas en una encrucijada como la que me planteas ahora. No eludiré mi deber, pero te diré una cosa. Tendrás que presentarme pruebas muy concluyentes para que me atreva a firmar una orden de arresto contra un hijo de Brimhall.

—Me basta con eso —repuso Alvin secamente, poniéndose en pie. Y todavía dijo antes de salir de la oficina—: Espero que no tardaré mucho en recordarle su promesa.

Alvin regresó a su propio despacho. Pregunto a la señorita Grey si se había recibido alguna llamada telefónica de Thomas Broom o John Fausett, pero la respuesta fue negativa.

Sentado ante su mesa, en el despacho donde iba muriendo la luz del día, Alvin Smythe fumó un cigarrillo y otro mientras mentalmente trataba de encajar las piezas de aquel rompecabezas. Después de un rato tomó el teléfono y marcó el número del Departamento de Tráfico.

El capitán Gisborn, a cuyo cargo corría el departamento, se puso al aparato.

—Aquí la oficina del fiscal. Soy Smythe.

—¡Hola! ¿Cómo está usted, señor Smythe?

—Deseo obtener información acerca del accidente que anoche sufrió míster William Brimhall.

—¡Oh, sí! Fue un accidente aparatoso, aunque sin daños personales de importancia, por fortuna.

—¿Cómo y dónde ocurrió la cosa?

—Fue en el cruce entre Beauregard Street y Saint Joachim. Míster Brimhall venía desde Crainghead Viaduct a buena velocidad, y un camión cargado que procedía de los Docks le salió por la izquierda. El coche de míster Brimhall, que no era por cierto suyo, sino del juez Kemple, embistió al camión, chocando contra el costado de éste. Por el estado en que quedó el auto, parece un milagro que míster Brimhall no se hiciera más daño. Claro que el auto era uno de esos coches europeos de plancha endeble, sin chasis, que se abollan en seguida. Mas por esa misma circunstancia, la parte delantera del auto amortiguó el choque al plegarse como un acordeón, y eso salvó a míster Brimhall.

—¿A qué hora ocurrió el accidente?

Después de las ocho y antes de las ocho y cinco minutos.

—¿De cuenta de quién corren las costas?

El camión salió por la izquierda, luego míster Brimhall tenía preferencia de paso. El conductor del camión se excusa diciendo que el turismo venía lanzado a más velocidad de lo que él pensó al verle. El señor Brimhall ha reconocido que su velocidad era excesiva; admite que no se encontraba en condiciones de conducir en aquel momento. Unos minutos antes había sufrido un desvanecimiento que le obligó a detenerse. Espero a que pasaran los efectos de ese ataque, y al reanudar la marcha quiso recuperar el tiempo perdido para llegar pronto a casa. Yo creo que en efecto, los reflejos de míster Brimhall fueron tardos al intentar frenar antes de estrellarse contra el camión. De todo esto parece desprenderse que cada uno de los accidentados pagará las costas de los desperfectos del vehículo propio.

—Una información muy precisa, capitán. Le felicito Gracias.

Alvin dejó el teléfono sobre el soporte, retrepándose de nuevo en el sillón. ¿De modo que Brimhall había confesado no encontrarse en buenas condiciones para conducir cuando se produjo el accidente?

La declaración concordaba con lo que Alvin sabía acerca de Brimhall. Este, en efecto, había sufrido una trombosis coronaria el otoño anterior. Los médicos le habían aconsejado una vida sedentaria. Brimhall se retiró de su candidatura a senador, aceptando también consejos de sus médicos en cuanto a evitar conducir un automóvil por sí mismo.

Parecía perfectamente creíble y lleno de lógica que después de su violenta disputa con Daniel, disgustado y en estado de ansiedad al recibir

la llamada telefónica de Reva, William Brimhall hubiese sufrido un amago de ataque que le obligó a detener el automóvil y esperar unos minutos hasta que, ya repuesto, pudo continuar… con tanta precipitación que fue a estrellarse contra un camión que llegaba del puerto por su mano izquierda.

El teléfono repicó y Alvin levantó el auricular.

—¿Sí?

—Fausett al aparato. ¿Con quién hablo?

—Soy yo, John. Smythe. ¿Alguna noticia?

—Hemos comprobado la versión del periódico interrogando a la chica amiga de Marión Shorter. Parece que, en efecto, Clark llegó al departamento que ambas ocupan en Summit cuatro, alrededor de las ocho de la tarde de ayer. Clark parecía de mal humor, aunque no asustado ni inquieto. Fue él mismo quien rogó a Catherine que se marchara, dándole un billete de veinte dólares para que se fuera al cine o al teatro.

—¿Nadie de la casa vio a Clark ni a Marión cuando salían?

—Una vecina del inmueble, la señora Milner, observó que uno de sus chicos pequeños tenía elevada fiebre sobre las dos de la madrugada. La mujer salió al rellano de la escalera para llamar al piso contiguo, donde el vecino tiene teléfono. Mientras esperaba que le abrieran para utilizar el teléfono del vecino y llamar al médico de cabecera, oyó bajar el ascensor. A través de los cristales del ascensor y al paso de éste, pudo ver a Marión Shorter acompañada de tres hombres.

—¡Tres hombres! — exclamó Alvin animado.

—Uno de ellos era probablemente Clark. Los otros dos puede que fueran los detectives que poco antes habían estado preguntando por Clark en la taberna del puerto donde éste tiene una habitación, así como en el barco en el que Clark trabaja.

—¿Pudisteis establecer sin lugar a dudas que esos tipos eran policías?

—Sí. Y también pudimos averiguar quiénes eran. El dueño de la taberna les identificó entre los miembros de un grupo de la policía de los retratos que llevamos. Fueron Crawford y Hard.

—Buen trabajo, John.

—Gracias a usted. Fue suya la idea de coger esos retratos.

—A partir de esta pista, investigad con discreción si Crawford y Hard estuvieron ausentes de la ciudad, si regresaron, y el lugar a donde fueron. Estaré en mi casa. Telefonead allí con lo que podáis averiguar.

Alvin colgó el teléfono, se puso en pie y se dirigió a la percha en busca de su sobretodo y su sombrero.

El despacho comunicaba por una puerta con la oficina de miss Grey, y por otra, directamente con el corredor. Alvin empujó la primera puerta para anunciar a su secretaria que se marchaba, salió por la del corredor y echó la llave.

Al salir a la calle, mientras iba a doblar la esquina en busca de su auto,

compró el periódico de la tarde. A las cinco y media dejaba el coche en el garaje y entraba en la cocina.

Sobre la mesa había un ejemplar del «Psicosis».

—Hola, señora Smythe —dijo mientras besaba a su madre en la frente —. ¿De modo que ahora se nos despierta la afición por los crímenes, secuestros, asaltos de Banco y todo lo demás que tanto horror te ha causado siempre?

—Por fuerza tendré que preocuparme más de esos asuntos, ahora que tengo en casa un fiscal —repuso la señora. Smythe gravemente—. ¿Por qué me ocultaste esta mañana lo que estuviste haciendo anoche? ¡Es el primer caso de asesinato en que intervienes y te lo guardas para ti!

Alvin salió riendo de la cocina.

Media hora después estaba cómodamente alojado en el diván, leyendo el periódico, mientras 1a, señora Smythe disponía la pequeña mesa del *living* donde de ordinario solían comer mientras veían el programa de la televisión.

Sonó el teléfono. Alvin tiró el periódico, levanto el aparato y aplicó el auricular a su oído.

—¿Sí?

—Soy Broom. ¿Hablo con...?

—Soy yo mismo, Tom. ¿Alguna noticia? — cortó Alvin impaciente.

—Crawford se encuentra en Pensacola desde esta mañana. Seguramente Hard está con él.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—Fue un golpe de suerte. Primero fuimos a husmear al parque de automóviles de la policía. Allí nos dijeron que Crawford y Hard estaban cumpliendo un servicio, nadie sabía dónde. Decidimos separarnos. John fue a indagar a la casa de Hard y yo fui a la de Crawford. La señora Crawford no estaba en casa, pero salió una chiquilla con un bebé en brazos y me dijo que su padre no estaba, que había telefoneado aquella mañana a la familia desde Pensacola y no sabía cuándo volvería, Me apresuré a salir corriendo por si llegaba la mamá.

—¡Magnífico, Tom! Reúnete con John, decid en casa que no volveréis hasta mañana, comed en cualquier sitio y esperadme en la esquina, ante la Corthouse. Vamos a hacer un viaje rápido hasta Pensacola.

La señora Smythe contemplaba sorprendida a su hijo.

—¿He oído algo sobre un viaje a Pensacola? — interrogó.

—¿Eres capaz de guardar un secreto? —La señora Smythe adoptó una expresión ofendida y Alvin continuó—: Ese marinero, Clark, no huyó por propia iniciativa. La propia policía fue a buscarlo y le dio escolta hasta Pensacola, donde lo tienen escondido.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Smythe—. En mi vida oí cosa igual. ¿Cuándo se ha visto a la propia policía dando protección a un asesino?

—Puede que Clark no sea el asesino, mamá.

—Las pruebas están en contra suya. Todo le condena.

No, mamá. Sólo la fuga. Por lo demás, Clark no dio muestras de comportarse como un asesino. Pisoteó el césped empapado de agua sin preocuparse por que dejaba sus huellas al pie de la ventana de la víctima, tomó un taxi y se hizo conducir tranquilamente a casa de una amiga. Probablemente un hombre que acaba de cometer un crimen pasional no se hubiera comportado como él lo hizo.

—¿Por qué la policía le ayudó a huir? Eso es lo que no comprendo.

Sin duda fue una idea del capitán Paulson en la entrevista que debieron de tener él y Brimhall después que yo me marché…

—¿Brimhall? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Brimhall tiene buenos motivos para desear que no te airee el asunto. Uno de sus hijos, el menor, Daniel, tenía relaciones con Julia Hayne. Se ha dicho de la chica que tenía costumbres libertinas, al menos esa es la tema que le han puesto. Ese marinero, Clark, había sido novio de la chica. Julia le dejó por el joven Brimhall. Anoche, cuando asesinaron a Julia, ella se disponía a escapar con Daniel Brimhall.

—¡Dios mío, qué casualidades tan extrañas se dan en la vida! Apuesto a que el viejo Brimhall se oponía a los amoríos de su hijo con esa chica exclamó la señora Smythe.

—Te lo puedes imaginar. Anoche, míster Brimhall estaba loco de furor porque su hijo intentaba escaparse con esa aventurera.

—Sin embargo, William Brimhall no tenía razón para oponerse de tal modo. Hace años, él mismo estuvo a punto de escaparse con otra chica pobre y de dudosa reputación… La madre de Julia Hayne.

Ahora le tocó a Alvin, el turno de abrir la boca asombrado.

—¡Caramba, mamá! Nunca me habías contado esa historia.

—No era una historia para contarla a un niño.

—¡Pero yo ya hace años que dejé de ser un niño! —protestó Alvin—. ¿Qué fue exactamente lo que ocurrió?

—No hay mucho que contar en realidad. William Brimhall era en su juventud un muchacho alocado, de temperamento inflamable, excesivamente consentido de sus padres y, en consecuencia, de carácter vivo e irreflexivo. Conoció a una muchacha, la más bonita de Motile, aunque una de las más pobres… una chica llamada Julia Dubose, de origen francés. La gente también hablaba de Julia Dubose en aquellos tiempos; la ciudad no era tan grande y casi todos nos conocíamos. En suma, que Brimhall se enamoró perdidamente de la chica contra la voluntad de la familia, la cual puso el grito en el cielo al tener conocimiento del propósito de William de escaparse con su novia… El viejo Brimhall se apresuró a poner remedio a la cosa como siempre se ha hecho en estos casos. Se entrevistó con Julia Dubose y le ofreció una buena suma de dinero para

que abandonase la ciudad y desistiera de arrastrar a William a una aventura desastrosa...

¿Y Julia aceptó? — inquirió Alvin ganado por el interés de la historia.

—Sí. La chica tomó el dinero y cumplió lo prometido, marchándose de Mobile sin William, y ahí terminó historia. Poco después, el desengañado y melancólico William se casó con una muchacha de su condición, haciendo lo que suele llamarse un matrimonio por conveniencia. La historia quedó enterrada, y al cerrarse el último capítulo, se efectuó un cambio sorprendente en el joven y alocado Brimhall. A partir de su matrimonio fue un hombre sensato, de conducta irreprochable. Nadie puede decir que fuera desgraciado en su matrimonio, pero lo más probable es que tampoco fuera completamente feliz. Brimhall estaba profundamente enamorado de Julia Dubose. Tengo para mí que el aceptar ella el dinero, Brimhall experimentó el mayor desengaño de su vida... un desengaño que quizá haya durado toda su vida también. Brimhall habría sido feliz con aquella chica, estoy segura. Creo que lo hubiera sido incluso aunque sus padres le hubiesen desheredado y se hubiese visto obligado a trabajar como bracero en una granja o como cargador de los muelles. Habiendo vivido por sí mismo esa experiencia y queriendo como sin duda quiere a sus hijos, es sorprendente que Brimhall se haya mostrado tan duro con el muchacho en lo que respecta a los amores de Dan con Julia Hayne.

Alvin se puso en pie, tomando la americana, que había dejado colgada del respaldo de una silla.

—¡Alvin, no te marcharás sin haber comido! —protestó la señora Smythe.

—No tengo tiempo, mamá. Tomaré algo por el camino.

La dama suspiró mientras el hijo la besaba rápidamente.

Poco después, mientras iba conduciendo su automóvil por Spring Hill Avenue en dirección al río, Alvin revivía cada detalle de la curiosa historia contada por su madre.

No dejaba de ser notable, en efecto, la coincidencia que hacía una repetición de aquella vieja historia. Igual que treinta años atrás, un joven rico, de elevada posición, se enamoraba de una hermosa chica de dudosa conducta. Los nombres, la sangre y las circunstancias concurrentes eran las mismas. El desenlace, distinto.

Alvin trató de situarse en el lugar del viejo Brimhall. ¿Qué habría hecho él en idéntico caso? ¿Habría dado la bendición al hijo para que se casara con Julia? ¿Habría recurrido a ofrecer dinero a la chica para que se marchara y dejara en paz al muchacho?

Tal vez Brimhall estuvo en el mil ciento veinte de Telegraph Road antes que llegara Daniel. Tal vez ofreció una fuerte suma a Julia, y tal vez ella aceptó. Luego Daniel..., la dulce amante se mostraría despectiva con él, una vez cumplido su objetivo. Él se enfurecería. Una lucha y una caída

casual de Julia contra el zócalo de la chimenea. Daniel, horrorizado, quizá se dejaba caer en el diván y se ponía a sollozar como un niño. Se levantaba, paseaba por la habitación. Sentía la necesidad de disculpar su involuntario crimen, esto era propio de su carácter tímido y cobarde. Entonces veía la máquina de escribir sobre la mesa y se ponía a teclear haciendo constar su inútil disculpa…

## CAPITULO V

La angosta ventana sobre el patio interior, húmedo y oscuro, apenas daba aire a la calurosa habitación.

Hard roncaba desconsideradamente en la amplia cama de barrotes, descalzo aunque conservando los pantalones y la camiseta interior. Al lado de la cama, del respaldo de una silla, colgaban su camisa, su chaqueta, la corbata y la revolverá.

En el suelo periódicos, botellas de cerveza vacías y puntas de cigarrillo caídas del rebosante cenicero.

En la vieja butaca, cerca de la ventana, el fornido Crawford dormitaba con los pies descalzos sobre una silla. Crawford, además de los pantalones y la camisa, conservaba la pistolera con su correspondiente arma bajo el sobaco. Tenía la boca reseca de tanto fumar, sentía calor y pensaba con añoranza en su fresca y cómoda cama de su casa de Mobile, en el barrio alto, cara a las frescas brisas del mar.

Llamaron con los nudillos en la puerta. Crawford irguió la cabeza lanzando un gruñido. Miró la hora. Eran la una y veinte minutos.

Se puso en pie y fue hacia la puerta sin producir ruido con sus grandes pies cubiertos por los calcetines.

—¿Qué? — preguntó acercando el oído a la puerta.

Del otro lado de las maderas llegó una voz apagada:

—Les llaman al teléfono desde Mobile, un tal capitán Paulson.

—Está bien, ya bajo — contestó Crawford.

Volvió hacia la butaca y se sentó en ella. Mientras se calzaba los zapatos llamó a su dormido compañero:

—Eh, James, despierta. El capitán nos llama al teléfono. Voy a ver qué quiere.

—¡Uh! — gruño incorporándose. Se rascó la revuelta cabellera—. ¿Qué hora es?

—La una y media.

—¡Uf, parece que no pasan las horas! ¿Hasta cuándo vamos a tener que estar encerrados en esta maldita pocilga?

—¡Y yo qué sé!

Crawford se puso la chaqueta y cruzó la habitación hasta la puerta. Descorrió el cerrojo de seguridad y luego levantó el pestillo.

Apenas había entreabierto una pulgada la puerta, cuando ésta se abrió, empujada violentamente desde el corredor. El canto de la puerta pegó en la cara de Crawford y le obligó a retroceder soltando un rugido de dolor.

Smythe, el fiscal de Mobile, apareció en la puerta seguido de dos de sus hombres.

—¡Maldición! — gritó Crawford buscando el arma que llevaba bajo la chaqueta, en la funda sobaquera.

Smythe saltó hacia adelante como una catapulta y le aplicó un puñetazo en la nariz. Crawford reculó gruñendo mientras su compañero Hard saltaba de la cama hacia la silla donde colgaba su pistola.

Broom y Fausett irrumpieron en la habitación y se abalanzaron como un solo hombre sobre Hard.

Mientras Broom y Fausett luchaban con Hard, Alvin Smythe abrumaba al corpulento Crawford bajo una lluvia de golpes que obligaron a éste a retroceder contra el rincón.

Crawford profirió un gruñido de oso cuando sus espaldas tocaron la pared y contraatacó con dureza descargando un puñetazo en la barbilla del fiscal. Smythe retrocedió dos pasos. Crawford le siguió, golpeándole en el estómago, sólo que el joven fiscal bajó la guardia y disparó con rapidez fulminante un directo que encajó en la mandíbula del detective y le tiró de nuevo contra la pared.

La lucha, violenta y silenciosa, duró pocos minutos.

La gruesa cabeza de Crawford pegó con ruido contra el muro. Alvin, con menos peso que su enemigo, sabía que de la rapidez de sus movimientos dependía en gran parte su victoria.

Sus puños cerraron un ojo de Crawford y aplastaron los labios, de los que empezó a manar sangre. El detective se vio obligado a proteger su cara de aquella furiosa lluvia de golpes. Al descuidar la guardia encajó en pleno estómago un puñetazo que le hizo doblarse expeliendo el aire entre dientes.

El puño derecho de Smythe cayó como una maza sobre la nuca de Crawford, que cayó de rodillas al suelo con la cabeza casi tocando el piso.

Por el bolsillo de atrás dé sus pantalones asomaban un par de brillantes esposas. Smythe cogió las esposas y encajó una en la robusta muñeca del detective. Crawford se revolvió mugiendo como un toro y le propinó un puñetazo en la ceja. Smythe contestó con un rudo rodillazo que tiró al gigante de espaldas contra el suelo.

Antes que Crawford pudiera reponerse de aquel rodillazo, Alvin le había maniatado colocándole la segunda pulsera.

—¡Maldita sea, Smythe, quíteme esto! — bramó el policía al darse cuenta de que estaba esposado.

—En la cama, Broom y Fausett habían reducido a Hard y le esposaban también, considerando una idea excelente lo que el fiscal había hecho con

el peligroso Crawford.

—¿Se han vuelto ustedes locos? —chilló Crawford.

—Baje la voz, Crawford, aquí no estamos en Mobile. Ni siquiera estamos en el Estado de Alabama. Nadie le vendrá a ayudar.

Alvin se dirigió a la puerta del fondo. La puerta, aunque cerrada, tenía la llave en la cerradura. El fiscal abrió.

Un hombre estaba de pie junto a la puerta. Al fondo, una mujer joven se incorporaba hasta quedar sentada en la amplia cama de hierro. Los dos estaban vestidos, pero la chica se había quitado, los zapatos.

—¿Es usted Herald Clark? —preguntó Alvin.

—Sí —contestó el hombre parpadeando asustado—. ¿Y ustedes quiénes son?

—Soy Smythe, fiscal de Mobile. ¿Esa chica es la señorita Shorter? Está bien, vengan ustedes conmigo. Vamos a llevarles a Mobile.

Al volver Smythe a la habitación, Crawford protestó:

—Me parece que se está sobrepasando usted, Smythe. Lo que hace no es legal.

—Tan ilegal como secuestrar a dos personas y llevarlas por la fuerza fuera del Estado. O tan ilegal como sustraer testigos. O dar cabida y protección a un hombre acusado de asesinato. —Alvin se volvió hacia Clark, que en este momento aparecía, saliendo de la habitación, y le preguntó—: Dígame una cosa, Clark. ¿Está usted aquí por su voluntad?

—No.

—¿Quiere regresar a Alabama?

Clark dio muestras de indecisión. Alvin aclaró:

—Le prevengo que hay diferencia entre expresar su voluntad de regresar al Estado donde está domiciliado, o ser llevado a la fuerza.

—¡No le escuche, Clark! —exclamó Crawford furioso—, Smythe no puede sacarle a la fuerza de Florida para llevarle a Alabama. Para hacerlo tendría que elevar recurso de extradición… y tengo para mí que no se lo concederían. No se deje embaucar. Si vuelve a Mobile le encausarán bajo la acusación de asesinato,

—Ya está acusado de asesinato —dijo Alvin a Clark.— Si realmente es inocente, le conviene regresar y demostrar su inocencia.

—¡No le crea, Clark! Aunque sea usted inocente, no le permitirán demostrarlo. Acumularán pruebas falsas contra usted y le condenarán sin remisión.

Smythe dijo gravemente a Broom:

—Echadle una mordaza a ese charlatán, Tom.

—¡Ah! ¿Lo ven ustedes? —chilló el esposado Crawford mientras corría por la habitación escapando a la persecución de los muchachos del fiscal —, ¡Quieren amordazarme para impedir que yo les aconseje!

El gigantesco Crawford fue acorralado en un rincón. Intentó luchar, aun

con las manos esposadas, y recibió un golpe en la sien con el cañón de su propia pistola.

Mientras Broom rasgaba una sábana para hacer una buena mordaza, James Hard pegó un salto de la cama y cruzó velozmente la habitación hacia la puerta que estaba abierta. Alvin Smythe estaba más cerca de la puerta y corrió a cerrarla. El detective se estrelló: contra las maderas de la puerta, rebotó y se abalanzó sobre Smythe levantando sus manos esposadas,

Alvin le pegó un puñetazo y lo tiró rodando por el suelo.

—Amordazadle también y poned ligaduras a los dos —dijo Alvin a sus hombres.

Luego se volvió hacia Clark y la muchacha, que le miraban asustados.

—Hablando en términos legales, Crawford tiene razón en lo que dice. Para llevarles a Alabama, yo debería solicitar su extradición al Estado de la Florida, y seguramente, no me la concederían. ¿Quiere usted saber por qué, Clark? Mientras no demuestre su inocencia, usted es aparentemente el asesino de Julia Hayne. Hay un personaje llamado Brimhall dispuesto a utilizar su influencia personal y la de sus amigos para evitar que usted regrese a Alabama y sea juzgado, pues entonces podría demostrarse que es usted inocente y la Justicia tendría que buscar al verdadero culpable. ¿Me entiende ahora?

—¡Yo no maté a Julia! — protestó Clark.

—En tal caso, no le importará regresar conmigo a Mobile para demostrar allí su inocencia.

Clark vacilaba. Marión Shorter dijo adelantando un paso:

—Yo no tengo nada que ver en este asunto. Quiero regresar a Alabama.

—¿Y usted, Clark?

El marino se pasó el extremo de la lengua por los resecos labios.

—Veamos —dijo después de un carraspeo—. ¿Y si no quisiera volver a Mobile?

—-En tal caso tendría que llevarle secuestrado —fue la rápida respuesta de Alvin.

—¿Hay alguna ventaja en que yo regrese voluntariamente?

—Sin duda. Un hombre que regresa voluntariamente para dejarse juzgar y demostrar su inocencia, ya tiene el cincuenta por ciento de las simpatías del jurado.

—Bueno, vámonos — gruñó Clark, aunque en el fondo no parecía demasiado convencido.

Antes de salir, Alvin miró complacido a los dos detectives que estaban amarrados como fardos en el suelo.

—Sean buenos chicos. Hasta que nos volvamos a ver en Mobile.

Salió cerrando la puerta, echó la llave y guardó ésta en su bolsillo.

Minutos más tarde, mientras viajaban rápidamente en el automóvil de

Smythe, John Fausett volvió la cabeza hacia el compartimiento de atrás y advirtió:

—Crawford y Hard no permanecerán mucho tiempo atados en aquella habitación. Meterán ruido para que acuda el dueño de la fonda y les soltarán.

—Sí, por supuesto —dijo Smythe, que viajaba en el asiento de atrás, entre Marión Shorter y Herald Clark.

—Avisarán por teléfono, al capitán Paulson y tendremos las patrullas esperándonos en los límites del Estado.

—Paulson tendría que asesinamos para impedir que lleguemos a Mobile. No creo que se atrevan a tanto, mas por si intentara una sucia jugada a la desesperada, vamos a tomar nuestras precauciones. Vamos a detenemos en Millview. Allí tomaremos habitación y esperaremos a los periodistas.

—¿Qué está maquinando, jefe? —preguntó Broom sin apartar la vista de la ruta—. ¿Un recurso de efecto teatral?

—Clark y la señorita Shorter llegarán a Mobile precedidos de un buen escándalo.

Fausett asintió sonriendo.

—Lo verdaderamente milagroso sería que pudiéramos conservar el empleo después de la que se va a armar.

A diez millas de Pensacola, el auto cruzó la dormida ciudad de Millview y fue a detenerse ante un «motel» que se levantaba en las afueras, junto a la carreara y ante la bella perspectiva de la bahía cuyas tranquilas aguas rielaba la luna.

Un adormilado conserje atendió a los intempestivos huéspedes mientras Smythe entraba en la cabina telefónica para hacer una llamada a larga distancia.

Al salir de la cabina, Alvin dijo al conserje:

—Sírvanos una cena fría. Pollo asado y champaña para mí. Los demás pueden pedir lo que quieran.

Los cuatro hombres y la muchacha se reunieron en torno a una mesa en el desierto comedor del «motel». Mientras esperaban a ser servidos, Alvin confió a sus amigos:

—Los periodistas no tardarán una hora en estar aquí. Me han prometido tomar un hidroavión para llegar más pronto, de forma que la interviú pueda salir todavía en la edición de mañana.

Los camareros llegaron con bandejas colmadas de apetitosos fiambres, el champaña corrió con abundancia y pronto todos se sintieron reconfortados y animados. En la sobremesa, mientras tomaban café y coñac, fumando cigarrillos, pudieron escuchar el runflido de un motor de aviación que pasaba sobre sus cabezas.

Herald Clark dio muestras de alguna inquietud. Smythe ordenó a

Fausett:

—John, coja el auto y vaya al embarcadero a esperar a nuestros amigos.

Después de la salida de Fausett, Clark pregunta:

—¿Qué debo decirles a los periodistas, señor Smythe?

—Todo lo que tiene que hacer es contestar a sus preguntas. Pero debe hacerlo contando la verdad, entendiéndose por verdad lo mismo aquello que pueda beneficiarle, que lo que crea que le ha de perjudicar. Esfuércese por mostrarse sincero y nada tendrá que temer.

Minutos después escuchaban el chirrido de los frenos del auto al parar frente al «motel» y el chasquido de las portezuelas. Fausett entró en el comedor seguido de dos hombres que vestían gabardinas cruzadas amarradas con el cinturón. Uno de ellos traía una cámara fotográfica provista de lámpara de destello.

El otro, un joven alto, de cabellos rubios y ojos azules centelleantes, avanzó con desenvoltura tendiendo la mano a Alvin.

—Aquí estamos, señor fiscal.

—¿Cómo está usted, Le Can? — repuso-Alvin correspondiendo al caluroso apretón de mano del periodista. — Siéntense y tomarán café.

—Usted es Herald Clark — dijo Le Can acercándose a la mesa y estrechando la mano del marinero.

El fotógrafo aprovechó la ocasión para tirar, una placa.

Sentados alrededor de la mesa, Le Can junto a Clark y Smythe en el otro extremo, junto a Marión Shorter, el fotógrafo tiró otra foto sobre los cuatro. Le Can puso sobre el mantel su cuaderno de taquigrafía y un par de bolígrafos, aceptó una copa de champaña y encendió un cigarrillo volviéndose hacia el marinero.

—¿Se llama usted Herald Clark?

—Si.

—¿Esta señorita que está sentada a su lado es la señorita Marión Shorter?

—Sí.

—¿Por qué huyeron ustedes de Mobile?

—No huimos. La policía vino a buscarme al departamento de Marión... quiero decir de la señorita Shorter. Yo me encontraba allí... no tenía ningún motivo para ocultarme, o al menos eso era lo que yo creía entonces. Los detectives me trataron con rudeza. Aseguraron que Julia Hayne había sido asesinada aquella tardé y me mostraron sus placas diciendo que quedaba detenido.

—¿Y la señorita Shorter?

—Dijeron que sería mejor que ella nos acompañara.

—¿Les llevaron a la estación de policía?

—Sólo hasta la puerta. Crawford se quedó con nosotros en el coche

mientras Hard se apeaba y entraba en la estación. Salió al poco rato seguido del capitán Paulson. Entonces hicieron bajar a Marión y Paulson subió para hablar conmigo.

—Quiere decir que hablaron en el interior del coche... usted y el capitán Paulson, sin más testigos

—Sí, eso es.

—¿Qué fue lo que le dijo el capitán Paulson? —Dijo que la policía tenía pruebas contra mí, suficientes para hacerme parecer culpable, aun en el caso de que fuese realmente inocente. «Si el fiscal te echa el guante y te lleva ante un jurado, es seguro que obtendrá un veredicto de culpabilidad», me dijo. «Vamos a darte protección y a llevarte fuera del Estado de Alabama antes que te pillen, pues si te cogen estás listo».

—¿Aceptó usted ese ofrecimiento de protección?

—Yo no sabía qué hacer. Por un lado me parecía absurdo huir de un delito que no había cometido. Por otra parte me daba miedo comparecer ante un jurado y someterme a las acusaciones del fiscal. Por lo que uno sabe a través de las películas, el fiscal es siempre ese tipo antipático que abruma a uno a preguntas, le chilla y le aturde hasta confesar que es culpable de un crimen.

Le Can miró a Smythe y esbozó una sonrisa irónica. Se volvió de nuevo hacia Clark.

—Dígame una cosa, Clark. ¿No le sorprendió que la policía quisiera ofrecerle protección gratuitamente?

—La verdad es que desconfié. Aquello tenía todas las trazas de una maldita trampa. Paulson me dio una razón. Si me llevaban ante un jurado tendría que airearse todo el asunto, sin excluir las relaciones del joven Brimhall con Julia Hayne, lo cual perjudicaría al buen nombre de los Brimhall. Yo dije entonces: «¿Y si fuera Brimhall el asesino?». Paulson me lanzó una mirada terrible y dijo: «Eso ni se te ocurra pensarlo. Pero vamos a ponernos en lo peor y suponer que el chico hubiese matado a Julia Hayne. El mundo no habría perdido nada con la muerte de esa mujerzuela y el viejo Brimhall no permitiría que condenaran a su hijo. Brimhall es el amo de la ciudad. El juez, el fiscal y la policía bailan al son que el viejo ordena. Si quieres quedarte, tanto peor para ti. El fiscal tiene que presentar un culpable y tú serás quien pague el pato». Después de esto decidí marcharme.

Allen Le Can soltó el bolígrafo y exhaló un suspiro.

—Magnifico, este reportaje caerá como una bomba. Hasta temo que mi jefe no se atreva a publicarlo, con ser nuestro periódico rival político de Brimhall

Le Can clavó sus vivaces pupilas en el rostro de Alvin.

—Una cosa no comprendo, Smythe. ¿Por qué hace usted esto?

—No busque ninguna oculta razón. Lo hago porque considero mi deber

hacer que resplandezca la verdad. El fiscal no es, como Clark acaba de decir, ese tipo antipático que en las películas trata intencionadamente de amordazar la verdad y rebatir los argumentos de la defensa para hacer que condenen al acusado. Tanto como hacer que se castigue al culpable, el fiscal debe esforzarse para que no se culpe injustamente al inocente.

—¿Considera a Clark inocente?

—Yo no he dicho que lo sea. Digo que tan inmoral como ayudar al acusado a que huya, para evitar el daño de un escándalo que pudiera causar a una persona, es que alguien le obligue a huir para atraer sobre Clark las sospechas, acaso en provecho del verdadero asesino.

Le Can esbozó una sonrisa,

—¿Quiere que le diga una cosa? No me cayó usted simpático en la campaña electoral. Hasta temí que nos hubieran metido por fiscal a un enchufado incompetente. Ahora reconozco que tenemos un buen fiscal, el mejor y más eficiente que hemos tenido.

—Gracias por sus alabanzas, aunque todavía no he demostrado mi eficacia. Ahora, ¿puede llevarme en su avión hasta Mobile?

—Sí, con mucho gusto —dijo Le Can recogiendo su cuaderno—. Por cierto, había olvidado decírselo. Se encontrará con un nuevo asunto cuando llegue. Ha habido otro caso de asesinato.

—¿Cuándo? —protestó Alvin escandalizado—. La gente debía estar esperando que jurara el cargo para abrumarme de trabajo. ¿Quién es la víctima?

—Peter Hornaday, un periodista. Un mal tipo, uno de esos individuos que escriben en «Psicosis» y siempre andan a la zaga de los asuntos más escabrosos. Se la tenía ganada, por supuesto. Alguna de sus muchas víctimas le ajustó cuentas esta vez.

## CAPITULO VI

El timbre del teléfono despertó a Alvin Smythe cuando ya un rayo de sol se filtraba por una rendija de la persiana. Soñoliento y malhumorado alargó la mano hacia la mesilla y tomó el teléfono. Escuchó la voz de su madre que contestaba a la llamada desde el receptor del «living»:

—¿Sí?

—¿Es la casa del fiscal Smythe?

—Sí. ¿Quién llama? Él no está en casa.

Escuche, señora —era una voz masculina, vigorosa y áspera la que gritaba por el auricular—. Acabo de leer el periódico. Y le digo que no hay derecho a que para que el fiscal se rodee de una aureola de integridad moral, desacredite e injurie a la policía. La policía es una institución estatal, creada para la protección del ciudadano. Si la policía a veces no obra como es debido, se debe a que hay en su organismo interior los mismos defectos que cada familia lleva en su seno. Pero de la misma forma que ninguno desacreditaría a sus hijos, ni pregonaría los vicios de su padre o las faltas de su esposa, tampoco es lícito airear las faltas de esa institución, digna de respeto por otros muy diversos conceptos. Eso no beneficia a nadie, pero es perjudicial para todos, por cuanto tiende a menoscabar la confianza y el respeto del público en los hombres que velan por nuestra seguridad personal y la de nuestros hogares. Eso es lo que yo pienso y puede decírselo así al estúpido de su hijo.

Un seco chasquido indicó que el anónimo comunicante había colgado el teléfono.

—¡Pero, oiga!... — exclamó la asustada señora Smythe.

Alvin dejó el aparato sobre su horquilla y quedó reflexionando en la cama. Evidentemente, el periódico había salido pregonando a los cuatro vientos la sorprendente noticia del secuestro de Herald Clark por la policía. La reacción del público sería distinta según la forma personal de enjuiciar el caso, pero todas tendrían por denominador común la indignación y el acaloramiento.

Salió de la cama para dirigirse al cuarto de baño. Mientras permanecía en el baño escuchó de nuevo el timbre del teléfono, que sonaba simultáneamente en su habitación y en la planta baja.

Poco después, mientras se vestía, el teléfono sonó por tercera vez. Alvin saltó hacia el aparato y lo descolgó, dispuesto a contestar por sí mismo a

cualquier nuevo insulto. ‘

—¿Sí?

—¿Es la casa del fiscal Smythe?

La señora Smythe contestó:

—El señor Smythe no está en casa...

—Sí estoy en casa, mamá — dijo Alvin—. ¿Quién llama?

—Con la exclamación de sorpresa de la señora Smythe se escuchó la bien timbrada voz femenina que decía:

—Soy Reva Tanner.

—Hola, Reva. ¿Qué hay? — preguntó Alvin.

—Necesito hablar contigo, pero no por teléfono. ¿Podemos vemos en alguna parte?

—¿Algún otro lugar que no sea la oficina del fiscal?

—Mejor que no vayas hoy por la oficina. No tienes idea de la polvareda que está levantando la información que trae el periódico. De eso precisamente quiero hablarte.

Alvin meditó unos instantes.

—Voy a salir para hacer algunas diligencias. ¿Te parece bien que nos encontremos dentro de una hora ante la Biblioteca?

—De acuerdo, allí estaré.

Alvin colgó el teléfono en el mismo momento que se abría la puerta y entraba la señora Smythe.

—¡Alvin, Dios mío! ¿Has dormido en casa? ¿Cuándo llegaste?

—Un taxi me trajo alrededor de las cuatro. Dormías y no quise despertarte. ¡Como siempre te quejas de que pasas las noches en vela!

Había ironía en la frase, pero la señora Smythe no la recogió.

—Alvin, ¿qué ocurre? ¿Por qué a toda la gente le ha dado por telefonear esta mañana diciendo cosas absurdas?

—¿Leíste el periódico?

—No tuve tiempo.

—Bueno, será mejor que descuelgues el teléfono. Me imagino que mucha gente querrá darnos su opinión gratuita sobre el caso. ¿Quieres prepararme el desayuno?

La señora Smythe salió. Alvin terminó de vestirse y bajó al «living», donde encontró el teléfono descolgado y el periódico plegado sobre la mesa.

Tomó el periódico. En la primera página de éste, en grandes caracteres, leyó:

*«Herald Clark, sospechoso de haber cometido el crimen de Telegraph Road, coaccionado y secuestrado por la policía local.»*

Disputando actualidad al escándalo de Clark, también en primera plana, se veía otro titular:

*«Crimen en el número 31 de Cedar Street.»*

Y como subtítulo, en caracteres más modestos:

«El asesino se disculpa.»

Esto era realmente sorprendente, aun en el caso de que hubiera cundido el ejemplo del asesino de Julia Hayne. Alvin buscó ávidamente entre líneas hasta encontrar el siguiente párrafo:

«La policía registró este dato curioso; utilizando la máquina de escribir de la víctima, alguien había escrito sobre una hoja de papel: *"La sociedad no pierde nada con la muerte de este sujeto. Era un despreciable chantajista"*»

Alvin volvió atrás, empezando a leer desde el comienzo del reportaje. Este podía resumirse de la siguiente forma: Un colega de la víctima, también reportero del semanario «Psicosis», llamado Neilson Lloyd, había descubierto el cadáver de Hornaday cuando llegó al domicilio de éste alrededor de medianoche. Las luces estaban encendidas, la habitación en desorden, y en medio yacía la víctima sobre un charco de sangre, con dos puñaladas en la espalda.

No se había encontrado el arma homicida. Lloyd avisó a la policía. Luego la policía detuvo a Lloyd, el cual no pudo explicar satisfactoriamente su presencia en el lugar del crimen.

Alvin apartó el periódico, tomó el teléfono y llamo pidiendo le enviaran un taxi.

La señora Smythe puso el desayuno en la mesa Apenas había tenido tiempo de tomar su taza de café cuando llamaron a la puerta. Era el conductor del taxi anunciando que estaba esperando. Alvin se puso
en pie.

—Pero, ¿no vas a terminar siquiera el desayuno? —protestó la señora Smythe.

—Es muy tarde. Lo más seguro es que no venga a almorzar —dijo Alvin besando apresuradamente a la dama en la mejilla.

Minutos más tarde estaba viajando en el taxi, el ceño fruncido, absorto en sus meditaciones. Le pareció corto el trayecto hasta el cruce de Washington Street con Goverment Street, donde se levantaba la Biblioteca.

De pie en la acera, Reva Tanner miraba distraídamente hacia Goverment Street, sin prestar atención al taxi que acababa de detenerse ante ella.

—Reva. _

La muchacha le vio, hizo un gesto de extrañeza y fue a reunirse con él junto al auto.

—No esperaba verte llegar en taxi —dijo Reva lanzando una furtiva mirada al conductor.

Alvin entendió que Reva deseaba hablarle sin testigos.

Tenemos un buen día de sol. ¿Quieres que paseemos un poco hasta el cementerio? — propuso.

Reva asintió. Alvin pagó el importe de la carrera y despidió el taxi.

Church Street Graveyard ocupaba toda la manzana donde también se levantaba el edificio de la Biblioteca Pública. Con sus antiguas tumbas, en forma de cofre, sus monumentos de ladrillo con apariencia de mezquitas y sus altos árboles, el viejo cementerio se resistía a las conquistas de la edificación comercial que le cercaba por todas partes y deparaba un lugar tranquilo y recogido al transeúnte en el mismo centro urbano.

Tomaron asiento en un banco.

¿De qué se trata? ¿Lo parece, o realmente estás preocupada?

—Sí, por ti — repuso Reva.

Alvin la miró sorprendido.

—Eso constituye toda una novedad. Cualquiera que sea la razón, me siento agradecido al motivo que hace que pienses intensivamente en mi humilde persona.

—No sabes lo que dices —dijo Reva ruborizándose—. Sólo un tonto o un loco se alegraría de una cosa que va en su propio perjuicio. Quería hablar contigo para advertirte...

—¿Advertirme contra quién?

—Mi tío está furioso. Por supuesto, él sabía a primeras horas de la mañana que habías estado en Pensacola a rescatar a Clark. Lo que nunca pensó es que fueras capaz de dar publicidad al asunto, armando todo ese tole-tole que tiene en vilo a la ciudad.

—Tuve que hacerlo como último recurso para evitar que la policía detuviera de nuevo a Clark y lo hiciera desaparecer, evitando así que pueda comparecer ante un jurado.

—¿Es tan importante para ti que Clark sea juzgado y condenado?

—Clark tiene que ser juzgado, tanto para que se le castigue si es culpable, como para que quede limpio de culpa si es inocente.

—Háblame con sinceridad. Tal vez esperas que Clark pueda demostrar su inocencia para, sobre esta base, trasladar la acusación contra Daniel y caer sobre él con todo el peso de la Ley.

—Te diré lo que pienso. A mí se me antoja excesivo el interés que se toma tanta gente importante, sólo para impedir que la inmundicia de la murmuración salpique el buen nombre de los Brimhall. Si no hay otra razón más oculta y poderosa para que Brimhall eche tierra al asunto, al menos lo parece, y lo hace creíble con su intransigente actitud.

—¡Alvin, tú no pensarás que Daniel mató a la muchacha!

—No digo que lo hiciera. Pero pudo hacerlo. Tuvo la oportunidad y probablemente el móvil.

—¡Oh, Alvin! ¿Te das cuenta? Eso precisamente piensa mi tío. El cree que intentas por todos los medios perjudicar a Daniel, lo cual justifica que quiera neutralizarte en defensa propia.

—Conozco a Brimhall y me consta que recurrirá a todos los medios

para aplastarme.

—¡Y no obstante saber que serás derrotado, insistes en esta insensata lucha contra él! — exclamó Reva.

—Me importa un bledo que me echen del cargo. Llegué a este puesto lleno de esperanzas y buenos deseos. El propio Brimhall y sus amigos insistieron en presentarme a los electores como modelo de lo que debería ser un fiscal: un hombre idealista, bastante joven e inexperto para poder considerarle no contaminado de la ponzoña de la política..., alguien dispuesto a luchar con honradez y tesón contra todo lo que hay de podrido e inmundo bajo los tejados de esta ciudad. Algunos me llamarán tonto por creer que se puede progresar en este cargo y conservar intacta mi integridad profesional, pero es así como soy y ellos me tomaron por las buenas. Por lo tanto, no es culpa mía si al soltar el perro resulta mordida la respetable pantorrilla del honorable Brimhall. Yo no duraré mucho en mi cargo, y hasta es posible que no llegue a ver la luz en el fondo de este insondable pozo de porquería, pero al menos no se dirá de mí que no intenté ser recto en mi breve y discutido período de fiscal.

Alvin se interrumpió y se volvió a mirarla.

—Seguramente piensas que estoy loco.

—No, Alvin —las azules y limpias pupilas se humedecieron de ternura —. pienso que eres admirable... demasiado espiritual y honrado para sobrevivir en este ambiente denso y sombrío en el que te has metido.

—¿Crees entonces que hago bien?

—Creo que harías mejor renunciando hoy mismo a tu cargo de fiscal. No esperes a que te echen o te ocurra algo peor...

Alvin vio una sombra de miedo en aquellos ojos que tanto amaba.

—Tú has venido a advertirme contra algo o contra alguien...

—No sé de cierto lo que se prepara, pero noto como si la atmósfera se espesara a tu alrededor. Apenas había salido el periódico esta mañana cuando el capitán Paulson llegó para entrevistarse con Brimhall. Luego, mi tío celebró consultas por teléfono con el juez Kemple, con el gobernador y algunas personas más.

Brimhall no puede hacer nada, excepto reunir sus huestes y solicitar mi deposición. Pero ni siquiera se atreverá a hacer eso por temor a un escándalo todavía mayor.

—Yo te digo lo que sé, Alvin. No me gusta esto. Temo por ti y me parece...

—¿Temes por mí, Reva? —interrogó Alvin cogiéndole una mano.

La mano que Alvin apretaba tembló dentro de la suya. Los ojos femeninos expresaron ansiedad y temor. Alvin se inclinó sobre ella hasta sentir su aliento cálido y perfumado. El tibio sol del invierno caía sobre ellos a través de las desnudas ramas de los árboles. Las tumbas y los setos verdes les aislaban del resto del mundo, lejos de miradas indiscretas...

Lentamente, pues deseaba darle la oportunidad de escapar si ella así lo deseaba, Alvin Smythe se inclinó todavía más hasta que sus labios casi se rozaron.

Permanecieron así unos segundos, indecisos los dos en salvar aquella sola distancia de milímetros, hasta que los rojos labios femeninos se entreabrieron, trémulos en la ansiedad de la entrega, y las dos bocas se buscaron, aplastándose furiosamente una contra otra.

Entonces, Alvin Smythe experimentó la alegría y la sorpresa de sentir los sinuosos brazos femeninos enroscándose como tentáculos a su cuello.

El adorable cuerpo tembló contra el de Smythe, antes de que los dos se separaran para contemplarse maravillados a los ojos.

—¿Piensas todavía que me sacrifico por dar gusto a tu tío y descolgarte de la percha de solterona? — preguntó Alvin.

—¿Quién se acuerda de eso? — protestó ella enrojeciendo —. Aunque me hiciste pasar mucho miedo pensando que, tal vez mortificado, no me volverías a hacer una nueva proposición de matrimonio.

—No he dicho todavía que vaya a casarme contigo.

Ella le rechazó en brusco gesto de enojo. Alvin la retuvo con vigoroso tirón, estrujándola entre sus fuertes brazos.

—Espera, no seas tonta. No eres la única que ha sufrido, también a mí me preocupaba la duda de si habrías sido terminante en tus hermosas calabazas. Te quiero y no es de ayer. Y van a parecerme años los días que tardes en ser mi mujer.

De nuevo las bocas se unieron, fundiéndose las jóvenes figuras en apretado abrazo…

## CAPITULO VII

Un agente de uniforme, los brazos cruzados a la espalda, montaba guardia ante la puerta de acceso a la segunda planta del número 31 de Cedar Street.

El edificio era típico del antiguo Mobile, constando de una planta baja con un alto y amplio pórtico sostenido por columnas. Estos pórticos eran balcones en la planta superior, con barandillas e historiados adornos de hierro forjado, que recordaban los balcones y las enrejadas ventanas de ciertas ciudades españolas como Sevilla y Cádiz.

El policía, blanco de las miradas de curiosidad de cuantos aquella mañana pasaban por Cedar Street, reconoció al fiscal y saludó tocándose la charolada visera con los dedos.

—Voy a subir a echar un vistazo a la casa — dijo Smythe.

—El sargento Snell se encuentra arriba — informó el agente.

Alvin subió por una pina y oscura escalera hasta la planta superior, cuya puerta estaba abierta.

El sargento Snell andaba por la revuelta habitación mirando aquí y allá y volvió la cabeza al entrar Smythe.

—¡Ah! ¿Es usted? Yo le suponía fuera de la ciudad —dijo Snell.

Smythe miró en rededor sin haber contestado al insinuante comentario de Snell.

La habitación, aunque grande, aparecía atestada de muebles que eran viejos en su mayoría, reinando en ella la suciedad y el desorden propios de un departamento de soltero.

En el piso de baldosas, cerca de una puerta que debía de conducir a otra habitación interior, se había dibujado con tiza blanca la silueta de la víctima en el lugar y postura en que fue encontrada por la policía.

Después de perpetrado el crimen, el asesino debió de someter la habitación a un furioso registro, sacando los libros de la estantería, vaciando los cajones de los muebles e incluso destripando la tapicería de algunos muebles.

Libros, periódicos y hojas de papel estaban desparramados por el piso.

—¿Está encargado usted de la investigación? — preguntó Smythe, volviéndose hacia el sargento.

—Sí. El caso parece fácil en su planteamiento, aunque posiblemente nunca lleguemos a descubrir al asesino.

—¿Supone usted que era un hombre?

—Debió de ser un tipo bastante vigoroso el que le asestó a Hornaday aquel par de puñaladas.

—Creo que detuvieron ustedes a un sospechoso…

—Sí, a Lloyd.

—Quiero interrogar a Lloyd esta tarde en mi oficina —dijo Alvin—. Tráigalo alrededor de las cinco.

Snell se limitó a asentir con la cabeza mientras Smythe iba a pararse ante una mesa donde, entre una confusión enorme de libros, revistas y periódicos, descansaba una máquina de escribir portable.

—Muy curioso —murmuró Smythe, inclinándose sobre la máquina. Y luego se volvió de nuevo a Snell:— ¿No le choca a usted que por segunda vez, en el intervalo de tres noches, un asesino haya tratado de justificarse con una excusa?

—Sé lo que piensa usted, pero es dudoso que se pueda relacionar este crimen con el asesinato de Telegraph Road. Los crímenes, como perpetrados por seres humanos, también tienen su moda del momento. La introducción de cualquier novedad en la ejecución de un crimen, siempre halla a imitadores en los autores de otros crímenes. Así, por ejemplo, al asesinato cometido con una navaja de afeitar, sigue una ola de muertes en las que, sin razón alguna aparente, se utiliza un arma tan extraña y poco eficaz, pudiendo decirse lo mismo si se trata de estrangular con una media o un alambre, o de remitir bombas de fabricación casera por paquete postal. No, no creo que haya ninguna relación entre ambos casos.

Smythe siguió dando vueltas por la habitación para ir a detenerse ante la silueta dibujada con tiza en el piso.

—¿La víctima yacía aquí?

—Sí.

—¿A dónde da esa puerta?

—A un cuarto oscuro, el que la víctima utilizaba para revelar fotografías.

Snell se adelantó a Alvin para pulsar el interruptor y encender la luz del pequeño cuarto.

El registro parecía haber sido más violento en el laboratorio del fotógrafo que en el «living», viéndose desparramadas por el suelo y la mesa gran cantidad de fotografías, negativos y rollos de película. Sobre la mesa se veía una máquina fotográfica abierta y otra de mayor tamaño rota en un rincón.

Otras dos cámaras más antiguas, así como algunos trípodes, un par de lámparas de destello, un teleobjetivo y otros objetos propios de la profesión de Hornaday, estaban en una tabla del barrido estante del rincón.

—¿Qué cree usted que buscaba el asesino? — preguntó Alvin,

examinando distraídamente la ampliadora que estaba sobre la mesa.

—Tal vez una fotografía.

—¿Una fotografía comprometedora para el asesino?

—O una fotocopia de alguna carta, documento..., ¡o vaya usted a saber! Lo que está fuera de toda duda es que Hornaday fue víctima de una persona a la que estaba haciendo o trataba de hacer chantaje. La extorsión bajo amenaza de dar publicidad a fotografías o documentos comprometedores era una especialidad de Hornaday y su principal fuente de ingresos.

Girando por la habitación, Smythe había ido a detenerse ante la estantería que ocupaba el rincón. Su mirada se detuvo en un particular detalle del trípode, cuyas plegadas patas apuntaban hacia fuera de la estantería.

Tomó el artilugio para examinarlo con más cuidado. Snell, como celoso sabueso, se acercó inmediatamente para ver de qué se trataba.

—¿Ve esto adherido a las conteras del trípode, sargento? — le indicó Smythe.

—Sí, es barro.

—Exactamente, barro. ¿No le dice nada eso?

—Nada, excepto que el trípode fue utilizado sobre un terreno embarrado. Pero eso no tiene nada de particular. Los trípodes se han hecho para apoyarlos en el suelo.

Smythe permaneció callado unos minutos mientras reflexionaba.

—Usted dirigió el comienzo de las investigaciones en el crimen de Telegraph Road — dijo de pronto.

—Sí.

—Estoy tratando de hacer memoria. ¿Fue usted el que dijo que había encontrado en el césped mojado señales de un bastón?

—¿Un bastón? —murmuró Snell—. ¡Oh, espere! Es cierto, ahora lo recuerdo. La huella estaba junto al sendero, en un lugar sin hierba... ¿Qué está pensando usted? —preguntó el sargento de pronto, mirándole con el ceño fruncido.

—Es un tiro a ciegas, pero no cuesta nada comprobarlo. La única relación aparente entre este crimen y el de Telegraph Road es la idéntica pusilanimidad del asesino, que nos deja una disculpa en la máquina de escribir. Si además de este pudiéramos demostrar que la supuesta marca de la contera de un bastón, corresponde en realidad a la contera de un trípode, la presencia de Hornaday en la casa de Telegraph Road, y por consiguiente la relación entre ambos casos, casi no ofrecería lugar a dudas.

Los pequeños ojos del sargento brillaron codiciosamente. Alargando bruscamente la mano, asió el plegado trípode, pero Smythe lo retuvo con firmeza sin soltarlo, mientras decía:

—No, sargento. Si quiere usted, cooperaremos en esta investigación,

pero después de las cosas que han ocurrido, me disculpará si no siento demasiada confianza con la policía.

—Sin duda le asiste el derecho de desconfiar —admitió Snell haciendo una mueca—. De acuerdo, iremos juntos en la investigación. ¿Le parece bien que vayamos a Telegraph Road?

—Sí, vamos. Tengo un taxi esperándome en la calle.

—Despídalo, iremos en mi coche… si no desconfía de subir a un auto de la policía.

Poco después se encontraban viajando en el coche policial.

Sobre las rodillas de Smythe descansaba el plegado trípode. El sargento Snell iba diciendo mientras conducía:

—Ese Hornaday siempre iba a la caza de asuntos escandalosos para publicarlos en ese periodicucho. Seguramente se enteró de la clase de relaciones que existían entre la chica y Daniel Brimhall.

—Las relaciones entre Julia Hayne y Daniel Brimhall no eran todo lo secretas que ellos quizá hubiesen deseado. Hornaday debió de enterarse, como usted dice, planeando sacar algunas fotografías. Hornaday estaba apostado fuera de la casa y por lo tanto debió ver al asesino. Tal vez lo fotografió. Al día siguiente, Hornaday escribiría una carta o tal vez hiciera una llamada telefónica al asesino de Julia, exigiéndole una suma de dinero por las comprometedoras pruebas que tenía en su poder. El asesino acudió. Debe de ser un hombre resuelto, pues no dudó en hacer lo único correcto que cabía en su caso. Asestó dos puñaladas a Hornaday, recogió las pruebas documentales que había contra él, y de esta forma acabó de una vez con la amenaza del fotógrafo chantajista.

El sargento Snell guardó prolongado silencio, hasta que finalmente dijo, sin apartar los ojos de la ruta:

—¿Sabe usted, señor? Se me hace muy cuesta arriba que Hornaday, un especialista del chantaje, estuviera dispuesto a entregar todas las pruebas qua poseía en una sola y primera entrevista con su víctima. Lo usual en estos casos es que el extorsionista retenga las pruebas; recibiendo dinero no por entregarlas, sino por guardar silencio respecto a lo que sabe. Concretamente, en este caso, sabemos que el asesino de Hornaday registró de arriba abajo el departamento en busca de los documentos delatores. Pero, ¿los encontró? Eso es lo que yo me pregunto.

Smythe consideró en silencio la idea del sargento.

—Usted registró el departamento de Hornaday —dijo después—. ¿Encontró documentos, cartas o fotografías comprometedoras para alguna determinada persona?

—No, nada.

— Hornaday no tiene caja fuerte en su casa, ¿verdad?

—No.

—Entonces, seguramente Hornaday tiene alquilada una caja fuerte en

algún Banco.

Llegaban ante el 1120 de Telegraph Road. Una brigada procedía a la poda de todos los árboles situados a lo largo de la amplia acera, ante la casa. La acera y parte de la calzada estaban cubiertas de ramas. Snell aparcó el coche junto al bordillo, echaron pie a tierra y cruzaron la Telegraph Road hasta la acera de enfrente.

Snell condujo directamente a Smythe al lugar donde había descubierto la marca. El césped estaba seco ahora y el suelo duro bajo los pies. El agujero quedaba junto a una de las losas de hormigón del sendero, que conducía directamente a la puerta de la casa, Snell se lo señaló al fiscal.

Smythe desplegó el trípode mientras preguntaba:

—¿Sacaron fotografías de la marca la noche del crimen?

—Sí.

Smythe introdujo con cuidado una de las patas del trípode en el agujero. Luego, sacando un lapicero del bolsillo, se puso de rodillas y empezó a tantear el césped buscando el agujero a través de la hierba que lo ocultaba.

—¡Aquí está! — dijo al cabo de un rato, y mostró cómo el lápiz se hundía con facilidad hasta casi dos pulgadas en la hierba.

Tendió el lápiz a Snell, cogió la segunda de las patas del trípode y la introdujo en el agujero que acababa de descubrir. Snell se puso a su vez de rodillas y tanteó el césped en línea recta detrás y delante de la tercera pata.

Casi en seguida dio con el agujero oculto, tomó la tercera pata del artefacto y la introdujo a tope en el hueco.

Puestos de pie, los dos hombres contemplaron el trípode, estudiando su posición respecto a la puerta, que quedaba a unos doce metros de distancia y un poco a la izquierda.

—Me pregunto por qué utilizaría Hornaday el trípode — murmuró el sargento, dando por descontado que el mismo trípode había estado hincado en aquel mismo lugar la noche del crimen.

—Es fácil de adivinar —repuso Smythe—. Hornaday tenía que tirar la foto en la oscuridad, pero para esto tuvo que utilizar una lámpara de destello, teniendo previamente enfocada la cámara sobre la puerta. Lo más probable es que Hornaday sólo pudiera tirar una foto, teniendo que huir después a la carrera. Para tener la cámara bien apuntada y enfocada, Hornaday tuvo que utilizar el trípode.

—Sí, más para hacer el enfoque tendría que estar encendida la luz del pórtico cuando llegó. ¡Y esa luz se enciende y apaga desde el interior de la casa!

Alvin Smythe sonrió mientras un relámpago de malicia animaba sus grises pupilas.

—¡Oh, ahora lo veo claro! —exclamó castañeteando los dedos—. Es

claro que la luz se encendió, por lo menos el tiempo suficiente para que Hornaday enfocara su cámara.

—Si la luz se encendió tuvo que encenderla la señorita Hayne desde el interior de la casa.

—En efecto, así fue.

—¿Para abrirle a alguien?

—Para abrirle a Hornaday —aseguró Smythe animadamente—. Todo es más sencillo de lo que nosotros creímos. Vea si no: Julia Hayne se dispone a fugarse en compañía del joven Brimhall. Nunca sabremos si la chica estuvo realmente enamorada de Daniel. Evidentemente, deseaba casarse con él. Sabía que el viejo Brimhall se opondría por todos los medios; primero a la escapatoria, luego a la boda y finalmente a la continuidad de ese matrimonio que tanto habría de contrariarle. Julia temía a Brimhall, sabía que éste era todopoderoso en esta ciudad y que no tardaría en encontrarles, poniendo en movimiento a toda la policía de este Estado y los Estados vecinos si era necesario.

»Julia se propuso dar un golpe de efecto, capaz de destruir todas las medidas de arreglo que Brimhall pudiera proponer luego. El «Psicosis» saldría al día siguiente, con su acostumbrada serie de escándalos, y Julia quiso que el escándalo de su fuga con Brimhall apareciese en primera página.

»Para conseguir esto llamó a Hornaday, le dijo lo que pensaba hacer y le insinuó la conveniencia de tomar una fotografía que nadie pudiera desmentir; la pareja fugitiva en el momento de salir sigilosamente de la casa. Julia encendió la luz un instante para que Hornaday enfocara la cámara. Daniel Brimhall sería el primer sorprendido, pero Daniel no debía de saber que todo había sido preparado por su astuta novia. Hornaday quedó esperando afuera en la oscuridad. Apenas saliese la pareja dispararía el «flash» y saldría huyendo para dar mayor viso de realidad a la suposición de que había acudido allí por propia iniciativa. Mientras Hornaday esperaba llegó un hombre: el asesino.

Este entró en la casa, discutió con Julia, la golpeó causándole la muerte y salió.

»Pero a la salida se vio sorprendido por el destello de la lámpara que le fotografiaba. Hornaday se puso en fuga, ignorando que tenía en su cámara el retrato de un hombre que acababa de cometer un asesinato. En su laboratorio, Hornaday reveló la placa y descubrió con sorpresa que no había fotografiado a la pareja, sino a un solo hombre...

—¿A Daniel Brimhall?

—U otro hombre. Alguien, por supuesto, a quien Hornaday conocía y pudo identificar después.

—Y escribirle una carta o llamarle por teléfono, pidiéndole dinero bajo amenaza de denunciarle a la policía—. dijo Snell.

Smythe levantó el trípode y mientras lo plegaba preguntó:

—¿Todavía quiere colaborar conmigo en este caso, sargento?

Snell le miró dubitativo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque posiblemente el asesino sea alguien de la familia Brimhall.

—Sí, eso me temo yo también. Creo que… tendré que pensarlo.

—Muy bien, vaya pensándolo —dijo Smythe con desprecio.

Llevando el trípode bajo el brazo, Smythe se dirigió por el camino de losas obstruido por las ramas podadas de los árboles. Debía de ser mediodía. La brigada de podadores, abandonando la tarea, se había desparramado en pequeños grupos, que despachaban el almuerzo al sol, sobre el césped de las casas vecinas.

Antes de cruzar la calzada, Smythe miró a derecha e izquierda.

El auto más cercano, por su izquierda, estaba todavía bastante lejos. Por la derecha no venía ningún vehículo, aunque se veían varios automóviles aparcados a continuación del coche de Snell.

Alvin se lanzó a atravesar la calzada en el mismo instante que un auto de los que estaban aparcados en cordón se separaba de la acera y empezaba a rodar por la calzada. Alvin siguió adelante, parándose sobre la cinta blanca de separación de las dos direcciones de la calle, para dar tiempo al auto a que pasara.

El auto, rugiendo con el motor acelerado, había arrancado curiosamente e iba tomando velocidad al acercarse a Smythe. De pronto, éste vio con asombro y temor que el automóvil abandonaba la sección de calzada que le correspondía y se abalanzaba sobre él.

Alvin quedó un momento indeciso, sin saber por dónde huir, hasta que comprendió que el auto iba directamente en su busca y saltó resueltamente adelante, tirándose como un guardameta en busca del balón.

La aleta del guardabarro derecho todavía golpeó en las piernas de Alvin, tirándole rodando de través por el asfalto. El coche pasó rugiendo por su lado, y Alvin quedó confuso en el suelo, experimentando la sensación de que acababa de nacer por segunda vez esta mañana.

Los hombres de la brigada de podadores, espectadores del hecho, habían saltado en pie y corrieron a través de la calzada a socorrer a Alvin. Con ellos llegó el sargento Snell, el cual fue el primero en tenderle una mano de ayuda. El grupo rodeó al accidentado; uno recogió el sombrero de Alvin y otro le tendió el trípode destrozado, arrollado por el automóvil.

—No ha sido nada, me encuentro bien —aseguró Alvin, tranquilizando a los podadores.

—¡Caramba, ese bestia iba derecho a matarle! ¡Yo lo vi! —dijo uno de los testigos.

—¿Alguien pudo tomar nota de la matrícula del coche? —preguntó Smythe a los presentes.

Pero nadie, al parecer, había pensado en ello, y el auto se había alejado con mucha rapidez.

Alvin alcanzó el automóvil policial y se dejó caer en el asiento exhalando un quejido, pues estaba molido como si le hubieran golpeado en diversas partes del cuerpo. Snell dijo sombríamente, al poner el vehículo en marcha:

—Quisiera equivocarme, pero tal como han ocurrido las cosas, yo diría que han intentado deliberadamente atropellarle.

Alvin Smythe no respondió. Le parecía sencillamente increíble y aterrador que alguien hubiese intentado con toda premeditación dejarle muerto en mitad de la calzada.

## CAPITULO VIII

Toda una colección de magníficas pistolas estaba desparramada sobre el mostrador. Los ojos pensativos del armero contemplaban al joven fiscal a través de los cristales de las gafas.

—Está bien, me quedo con ésta —dijo Smythe sopesando una automática calibre 38—. Creo que es bastante ligera para llevarla en el bolsillo y suficiente potente para el caso.

—¿Necesita que le muestre su manejo?

—No. Es la primera arma que compro en mi vida, pero fui infante de Marina en Corea y no me daba malas trazas como tirador de pistola. Deme un par de cargadores y le extenderé un cheque por todo.

Poco después, Alvin abandonaba la armería y se dirigía a pie a la Corthouse, sintiendo en el bolsillo trasero del pantalón el anómalo peso de la pistola.

Thomas Broom y John Fausett ya habían llegado. El auto de Alvin estaba estacionado en la zona de aparcamiento de la Corthouse, en Royal Street. Alvin entro en el edificio por la puerta que solían hacerlo los magistrados y empleados, tomó el ascensor hasta la segunda planta y echó a andar por el pasillo.

Cuando se encontraba a mitad del corredor se abrió una puerta y el capitán Paulson salió precipitadamente, estando a punto de chocar con él.

Paulson se detuvo haciendo una mueca.

—¡Vaya con el señor fiscal! —exclamó el policía—. Todavía no tuve ocasión de felicitarle por su audaz incursión de anoche. Admitiendo que su golpe ha sido teatral y ha asestado un duro golpe al prestigio del Cuerpo policíaco, falta por ver lo que va a conseguir usted con todo ello.



*—Alvin le pegó un puñetazo y...*

—Tal vez nada —contestó Alvin—. Pero a poco que consiga, al menos he demostrado la urgencia de llevar a cabo una purga en el seno de ese podrido Cuerpo policíaco.

—¡Esto le costará a usted el cargo, Smythe! —rugió Paulson amarilleando de rabia—. Se lo puedo asegurar, lo sé de buena tinta.

—Es posible, y usted debe rogar porque sea así. Si yo tuviera que continuar de fiscal, usted no duraría mucho como oficial de policía.

—Algún día nos encontraremos, señor Smythe, cuando le hayan echado del cargo y no sea más que un ciudadano cualquiera... Y entonces hablaremos.

—¿Es una amenaza, capitán?

—Vaya poniéndose, a remojo, porque no sabe lo que le espera —gruñó Paulson evasivamente.

Y cruzando por delante de Smythe se alejó en dirección a la escalera.

Alvin empujó la puerta por la cual acababa de salir el policía, penetrando en un despacho donde trabajaban dos mecanógrafas.

—¿El juez Kemple está en su despacho? — preguntó Alvin. Una de las taquimecas se puso en pie asintiendo. Smythe la atajó: —No se moleste en anunciarme.

Empujó la puerta y entró. Kemple trabajaba sobre unos documentos y levantó la cabeza, contemplándole por encima del borde de sus gafas.

—¡Ah, eres tú! — murmuró—. Adelante, todo el día me estoy preguntando cómo podría dar contigo.

Alvin avanzó hasta la mesa del juez.

—Acabo de encontrarme con Paulson en el pasillo ¿Qué quería?

—¿Paulson? ¡Oh, nada importante! Vino por una autorización judicial para intervenir el contenido de cierta caja de valores que un tal Hornaday tiene en la cámara acorazada de un Banco.

—¿Cuál Banco?

—El Nacional de Alabama.

—¿Le firmó la autorización?

—Sí, no vi inconveniente.

—¿Por qué lo hizo, maldita sea? —estalló Smythe pegando un puñetazo en la mesa—. La incautación de pruebas testificales es de competencia de la oficina del fiscal. ¡Usted lo sabe tan bien como yo!

Kemple se echó atrás asustado, mirando al joven fiscal como sorprendido por aquel estallido de violencia.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —rugió Alvin, rechinando los dientes—. ¿Se han puesto todos de acuerdo para amordazar la verdad y dar protección a un asesino?

No sé de qué me hablas, Alvin, pero te digo que no me gustan tus modales —protestó Kemple, reponiéndose de su sorpresa.

—¡Bah! —bufó Smythe despectivamente.

Y dando media vuelta abandonó el despacho, cerrando de un ruidoso portazo. .

Al irrumpir en su propia oficina, Alvin se encontró ante Broom y Fausett, que le estaban esperando. Con ellos se encontraban, un poco nerviosos, Marión Shorter y Herald Clark.

—¿Ya están aquí? Bien, vengan a mi despacho —dijo Alvin sin darles tiempo a saludar—. Venga usted también con su cuaderno de taquigrafía, miss Grey.

Los dos detenidos fueron empujados dentro de la oficina donde Smythe colgaba su sombrero y su gabardina de la percha. .

—Usted, Broom, y usted, Fausett, salgan a toda prisa y corran a la sucursal del Banco Nacional de Alabaran. El capitán Paulson ha ido allí para proceder a la requisa de ciertos documentos contenidos en un armario de la cámara acorazada. Tomen un taxi para llegar antes y espérenme en la puerta. Si yo no llegara antes de que salga Paulson, péguense a su coche y síganle adonde vaya, telefoneando a esta oficina con noticias de su paradero en cuanto tengan ocasión.

Los dos hombres salieron apresuradamente y Alvin se encaró con Herald Clark mientras la señorita Grey tomaba asiento, con el cuaderno de taquigrafía y el bolígrafo preparados.

—Ahora conteste usted a mis preguntas, Clark, bien entendido que después tendrá que firmar su declaración y ésta podrá ser utilizada contra usted si hubiera lugar a un proceso por asesinato. Usted estuvo en la casa habitada por Julia Hayne, en el número mil ciento veinte de Telegraph Road, la tarde del día en que esta mujer fue asesinada, ¿no es cierto?

—Sí, estuve allí —contestó Clark pasándose la lengua por los labios, sin apartar sus ojos del fiscal.

—¿Cuántas veces?

—Dos; la primera de ellas entre las cinco y las cinco y media, cuando llegó Daniel Brimhall. Yo eché fuera a empujones a Brimhall, pero Julia llamó a la policía y tuve que marcharme.

—¿Se marchó usted antes que llegara la policía?

—Por supuesto, aunque creo que la policía no llegó. Cuando yo volví a entrar en la casa después de expulsar a Brimhall, encontré a Julia hablando por teléfono con la policía, pero ahora pienso que probablemente no llegó a marcar y establecer comunicación en tan corto espacio de tiempo.

—No obstante, usted se alejó por si era cierto que llegaba la policía. ¿Regresó más tarde?

—Sí. Volví ya oscurecido, entre las siete y cuarto y las siete y media.

—¿Estaba encendida entonces la luz del porche?

—No, pero vi luz en la ventana de la habitación de Julia y me acerqué a ver. La cortina de gasa estaba corrida, pero se podía ver a través de ella. Julia hacía una maleta sobre la cama. Llamé a los cristales. Ella vino, apartó la cortina y me dijo por señas que me marchara. Fui a la puerta y estuve haciendo sonar el timbre largo rato, hasta que me cansé y decidí que si Julia quería meterse en un lío, a mí no me importaba.

—¿Qué pensó usted cuando vio a Julia Hayne preparando el equipaje? ¿Cuál fue la conclusión que usted sacó de este acto?

—Julia iba a fugarse con el joven Brimhall.

—¿Reconoce que pensó eso?

—Sabía que iba a hacerlo. Y sabía que Julia pinchaba en hueso, pues se equivocaba si pensaba que escapando con el muchacho, ni aun casándose con él, iba a ingresar en la familia. Yo le había advertido que Brimhall era un tipo duro, que pondría tras su pista a todos los detectives del país y haría que esa aventura le costara cara a ella.

—Está bien, volvamos a sus movimientos de aquella tarde. Usted, a lo que parece, no logró entrar en la casa esta segunda vez.

—No.

—Y decidió marcharse.

—Sí.

—¿Qué hora era aproximadamente cuando usted se alejó?

—Creo que eran sobre las siete y media. Me fui andando a lo largo de Telegraph Road esperando encontrar mi taxi, hasta que a la entrada del viaducto me alcanzó uno y lo detuve. Le di las señas de Marión Shorter y fui a reunirme con ésta en su departamento de Summit Street, número cuatro.

—¿Por qué decidió ir a casa de la señorita Shorter?

—Porque ella es una buena amiga, me sentía irritado y no sabía dónde ir.

—¿Fue esa la única razón, señor Clark? ¿No sería más bien que necesitaba usted presentar una coartada, rogando a su amiga la señorita Shorter que telefoneara a la mansión de los Brimhall preguntando si se encontraba allí Daniel Brimhall?

—¡No! ¿Para qué tenía que preguntar eso? —saltó Clark sorprendido y alarmado.

—Sólo para que esa llamada telefónica constara en la declaración de los habitantes de la mansión de Brimhall, creando la falsa ilusión de que Julia Hayne estaba todavía viva a las ocho de la noche.

—¡Dios mío, no es verdad! ¡Yo no llamé a la casa de los Brimhall!

—¿Fue usted quien llamó, señorita Shorter? — preguntó Alvin volviéndose de pronto para apuntar con un dedo a la muchacha.

Marión Shorter pegó un respingo, negando muy enérgicamente con la cabeza.

—¡No! ¡Se lo juro!

Escuche usted, Clark —dijo Alvin encarándose de nuevo con el asustado marinero—. Yo sé ahora con toda certeza que usted no asesinó a Julia Hayne. Pero es muy importante para que pueda atrapar al verdadero asesino que ustedes me digan la verdad. ¿Llamaron por teléfono a la mansión de los Brimhall?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro, señor.

Alvin tiró el lápiz que tenía en la mano y se echó atrás en el sillón, exhalando un suspiro de cansancio.

—Lo siento —murmuró—. Con su declaración hacen ustedes polvo mi teoría sobre el crimen.

Reinó el silencio en el despacho.

Voy a dejarles volver a sus casas —dijo Smythe de pronto, poniéndose en pie—. Bien entendido que no podrán abandonar la ciudad sin que yo tenga previo conocimiento de ello.

Tomó de la percha su sombrero y su gabardina y abandonó el despacho.

Por el pasillo alcanzó la escalera, bajó ésta y salió por un espacioso corredor a la calle. Su automóvil continuaba aparcado donde Broom y Fausett lo dejaron al rendir viaje desde Florida llevando a Herald Clark y la señorita Shorter.

Un largo automóvil negro estaba aparcado junto al auto de Alvin. Entre ambos coches, dos hombres parecían esperar mientras charlaban entre sí. Al acercarse Alvin cesó bruscamente la conversación. El de más pequeña estatura, un hombrecillo delgado, vestido con rebuscada elegancia, se adelantó sonriendo al encuentro de Smythe.

—Hola, fiscal. ¿Se acuerda usted de mí? Soy Tony Biancho.

Smythe pareció crecer de estatura al mirar con desprecio al «gangster».

—¿Sí. Biancho? —contestó entre dientes

—Oiga, Smythe, usted y yo tenemos que hablar. Tiene que haber una fórmula de arreglo entre nosotros respecto a las máquinas tragaperras…

—La única forma de arreglo consiste en que arranque usted sus máquinas y las arroje al mar —fue la seca respuesta de Smythe—. Hágalo y ya hablaremos después de los asuntos que queden pendientes entre usted y yo.

—No me gusta que me hablen así, Smythe. Tiene usted demasiados humos. Total, puede que no llegue a mañana el tiempo que usted sea fiscal de este distrito —dijo Biancho borrando de su arrugado rostro la cordialidad de su anterior sonrisa.

—Déjeme en paz. No puedo perder mi tiempo discutiendo con usted en plena calle —dijo Alvin.

Y apartándole con energía alcanzo la puerta de su automóvil e introdujo la llave en la cerradura de ignición. Cuando daba marcha atrás, sacando el automóvil de la zona de aparcamiento, Tony Biancho le observaba con expresión sombría. . ' ,

Mientras conducía por las calles de la ciudad, en el reloj del panel de instrumentos del coche eran las cuatro y siete minutos de la tarde.

A las cuatro y diez minutos, Smythe paraba su auto ante el Banco Nacional de Alabama, inmediatamente detrás del coche blanco y azul de la policía que sin duda había utilizado el capitán Paulson para llegar hasta aquí. Dentro del coche había un policía de uniforme ante el volante. Otro hombre estaba en la acera, con la espalda contra la carrocería; era el detective David Crawford.

Así que vio a Smythe saltando del coche, Crawford se enderezó en actitud de alerta, como un perro perdiguero.

Alvin cruzó la acera sin detenerse, entrando en el edificio. En el vestíbulo se reunió con John Fausett, el cual le señalo las escaleras del sótano.

—Están abajo —indicó brevemente.

Alvin le hizo seña de que le siguiera. Bajaron rápidamente la escalera y entraron en el sótano. Este tenía una sólida reja de barrotes, cuya puerta en aquel momento estaba abierta. A1 fondo se veía la pesada puerta de acero de la cámara acorazada.

Ante la puerta de dicha cámara, dos empleados del Banco hacían el inventario del contenido de una bolsa de papel en presencia del capitán Paulson y del detective Hard. Este pegó un respingo al ver entrar al fiscal, pero Paulson estaba de espaldas y no le vio.

Alvin y Fausett se acercaron al grupo. El empleado de mayor categoría alargó a Paulson un cartapacio juntamente con la pluma que había utilizado para anotar.

—Firme aquí abajo el conforme con el inventario capitán. '

Anticipándose a Paulson y causando la sorpresa de todos, Alvin Smythe estiró los brazos y arrebató cartapacio y pluma de manos del empleado.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó Alvin al empleado.

—Sí, usted es el fiscal del distrito —repuso el empleado, sorprendido.

—Exactamente, yo soy Smythe, fiscal del distrito —dijo Alvin.

Y firmó rápidamente al pie del inventario.

—¡Eh oiga! —protestó Paulson palideciendo.

Conforme con el inventario —dijo Alvin devolviendo el cartapacio.

Y se apoderó del saco de papel que estaba en las manos del segundo empleado.

—¡Maldita sea, no tiene usted derecho a hacer eso —rugió Paulson, avanzando furioso hacia Smythe

Alvin Smythe le detuvo con una fría mirada.

—Vaya con cuidado, Paulson. Soy el fiscal. Mi superior autoridad sobre usted no admite discusión. Personalmente me hago cargo del contenido de la caja de valores perteneciente a Peter Hornaday. ¿Acaso pretende usted impedirlo?

Paulson dejó caer el maxilar inferior, abriendo la boca con expresión estúpida. Smythe tendió el saco de papel a Fausett, el cual lo tomó y salió rápidamente del sótano tomando la escalera.

—¡Esto no quedará así, Smythe! —rugió Paulson.— ¡Fue personalmente a mí a quien el juez Kemple autorizó para incautar esos documentos!

—¿Y qué pretendía hacer usted con ellos, capitán? ¿Iba a llevárselos a casa, o pensaba depositarlos en la oficina del fiscal como era su obligación? —interrogo Smythe irónicamente.

Paulson tragó saliva. .

—Naturalmente, después le hubiera entregado las

pruebas a usted —balbució. „

—¿Qué diferencia hay en entregármelas ahora?

Paulson no pudo contestar a esta pregunta. Tenía el rostro amarillento y los ojos inyectados en sangre.

—Se está extralimitando usted demasiado en sus atribuciones, capitán —advirtió Smythe gravemente.— Acabará por pillarse los dedos.

Antes de que Paulson hubiera podido pronunciar ninguna otra palabra en su disculpa, Smythe le volvió la espalda y abandonó el sótano.

En la calle se reunió con Fausett y Broom, que esperaban en el automóvil. Fausett se había sentado al votante. Broom estaba en el compartimiento posterior la portezuela abierta y un pie en la acera mientras apretaba nerviosamente el revólver en el bolsillo de su gabardina. .

—¡Rápido, vámonos! —dijo Alvin, metiéndose en el coche y cerrando la portezuela.

El auto arrancó en el mismo momento en que el capitán Paulson y el detective salían del Banco.

—¿Volvemos a la oficina? — preguntó Fausett.

—De la vuelta a la manzana mientras veo lo que hay en el paquete.

Alvin tomó el saco de papel del estuche de los guantes y lo vació sobre sus rodillas. Un fajo de billetes de Banco, varias carteritas de papel de las utilizadas para meter fotografías, un paquete de cartas atadas, con un bramante, otros documentos y un rollo de película salieron del saco.

Alvin tomó el rollo de película, mirando a trasluz los negativos. También las carteras contenían clisés.

—Vamos a la Redacción del «Advertiser» — dijo volviendo a meter las cosas en el saco de papel.

## CAPITULO IX

Entrando directamente en su despacho, Alvin Smythe se dirigió a su mesa y pulsó una de las teclas del dictáfono.

—¿Señorita Grey?

—Sí, míster Smythe —contestó la voz de la mecanógrafa por el tornavoz.

—¿Ha llegado el sargento Shell?

—Sí, señor. E1 sargento espera desde hace diez minutos. Esta aquí con un hombre llamado Neilson Lloyd.

—Hágales pasar. Y venga usted también con su cuaderno —ordenó Alvin.

El fiscal estaba colgando su sobretodo de la percha cuando entró el sargento empujando ante sí a un hombre que vestía gabardina azul y tenía el pelo rojo y rizado. La señorita Grey entró a continuación y fue a tomar asiento a un lado de la mesa del fiscal, cabalgando una pierna sobre otra y mostrando la perfección de sus pantorrillas.

—Siento haberles hecho esperar —dijo Smythe yendo a tomar asiento detrás de la mesa.

Snell y Lloyd ocuparon los butacones forrados de cuero. El fiscal clavó sus ojos en el periodista, advirtiendo que éste estaba muy nervioso. Luego hizo una seña a la señorita Grey.

—¿Se llama usted Neilson Lloyd? — interrogó.

—Sí.

—¿Su profesión?

—Periodista. Y antes de seguir adelante en este interrogatorio quiero hacer constar mi protesta por este arresto. Soy inocente. Nada tengo que ver con la muerte de Peter Hornaday —soltó el nervioso Lloyd de un tirón.

—Yo también pienso lo mismo —repuso Alvin para infundir confianza en el detenido—. Usted era amigo de Hornaday, ¿no es cierto?

—Hornaday no tenía amigos. Pero trabajábamos en el mismo periódico y nos llevábamos bastante bien.

—Tengo entendido que fue usted quien descubrió el cadáver de Hornaday.

—Sí, ¡Ojalá no hubiese ido a su casa!

—¿Cuál fue el motivo de su visita a Hornaday? ¿Solía usted ir con frecuencia por su casa?

—Sólo había estado en ella un par de veces. La última había sido la noche anterior.

—¿Estuvo usted en el domicilio de Hornaday también la noche anterior?

—Hamilton, el redactor jefe, me envió a buscar a Hornaday. Este había prometido traer una información sensacional para la edición del día siguiente; o sea, anteayer. Se le había reservado toda la primeara plana, pero el número iba a entrar en prensa y Hornaday no aparecía por ninguna parte con su maldita información. Hamilton me envió en busca de Hornaday a su casa.

—¿Qué había ocurrido con la pretendida información de Hornaday?

—No la dio. Se excusó diciendo que las cosas no habían ocurrido como él esperaba, pero podíamos suplir su trabajo con la noticia del crimen de Telegraph Road.

—¿Qué hora era cuando usted fue a ver a Hornaday esa noche?

Bueno, eran alrededor de las dos de la madrugada.

—¿Y ésa fue la primera noticia que tuvo usted del crimen de Telegraph Road?

—Sí, ésa fue la primera noticia. Tuve que moverme muy aprisa a partir de ese momento, para acoplar la información sobre el crimen con tiempo para la salida de la primera edición.

—Respecto a su siguiente visita al domicilio de Hornaday a la noche siguiente...

—Todavía estoy preguntándome para qué me quería Hornaday. Le había visto aquella tarde y me rogó que fuera a verle a su casa antes de las doce. Me retrasé y llegué allí sobre las doce y cinco. La puerta de la calle estaba entornada. Subí la escalera y entré. Hornaday yacía allí muerto, en mitad de la revuelta habitación. Volví a bajar la escalera, busqué a un guardia y le conté lo que pasaba. Eso es todo lo que sé del crimen. Alguien ha sugerido que salí a la calle para esconder el cuchillo antes de avisar a la policía, pero no es cierto. ¡Lo juro!

—Así, ¿eso es todo lo que usted tiene que decir respecto al asunto?

—Lo siento, es todo lo que sé.

Smythe reflexionó en silencio, cruzando las manos ante el pecho. El desacostumbrado bulto que la automática hacía en el bolsillo trasero del pantalón le molestaba. Se removió en el asiento.

—Está bien, si no tiene más que decir, hemos terminado. . ,

—¿Voy a continuar arrestado? — preguntó Lloyd poniéndose en pie.

—Sinceramente, su coartada ofrece muy escasa consistencia.

—¡Pero yo no maté a Hornaday, condenación! Suponiendo que hubiera encontrado su cadáver la mujer de la limpieza o el cartero del barrio, ¿les habrían cargado a ellos con el crimen? ¡No tiene pies ni cabeza que arresten a uno sólo por cumplir con su deber cívico de avisar a la policía!

—protestó Lloyd acaloradamente.

—Voy a dejarle en libertad, Lloyd. Ya puede marcharse.

El sargento Snell estaba también en pie.

—Contésteme usted si puede a esta pregunta, sargento. ¿Sabe si Hornaday tenía automóvil propio? —dijo Alvin.

Snell afirmó:

—Sí, lo tenía. Un «Ford» de modelo algo antiguo. ¿Por qué?

—¿Lo guardaba Hornaday en un garaje?

—Sí, cerca de su casa.

—Ya que está usted investigando el caso, ¿quiere darse una vuelta por ese garaje y averiguar a qué hora encerró Hornaday su coche la noche que asesinaron a Julia Hayne?

—Sí, si usted lo ordena.

—Muchas gracias — dijo Alvin, despidiendo a los dos hombres con un ademán.

Miss Grey les acompañó hasta la puerta que daba directamente al corredor, cerró y regresó al centro del despacho.

—Son algo más de las cinco, señor Smythe. ¿Debo pasar a máquina la declaración de Neilson Lloyd, o da lo mismo si lo hago mañana?

Ya lo hará mañana. Puede marcharse si es su hora de cerrar la oficina.

La muchacha abandonó el despacho por la puerta que comunicaba con la oficina.

La pistola seguía molestando a Alvin. Finalmente la sacó del bolsillo y la puso sobre la mesa. Luego tomó una hoja de papel en blanco y el lápiz, y se puso a escribir los movimientos de todos los personajes, con especificación exacta de la hora.

Miss Grey entreabrió la puerta de la oficina para decir:

Buenas tardes, señor Smythe. ¿Se acordará de cerrar al salir?

—Vaya sin cuidado, yo mismo cerraré — contestó Alvin sin levantar la cabeza.

Poco después sonaba la puerta de la oficina al cerrarse. Alvin continuó escribiendo. Se detuvo a contemplar su obra, cogió la cuartilla e hizo con ella una bola que arrojó al cesto de los papeles.

Encendió un cigarrillo, se retrepó en el sillón y fumó dando espaciadas chupadas al cigarrillo, sin apartar los ojos del mudo teléfono. A sus espaldas, la luz de la tarde pintaba de gris el amplio ventanal. El despacho iba quedando en sombras. Le hubiera bastado a Alvin alargar la mano y tirar del cordón que encendería la lámpara de pantalla sobre su mesa, mas aunque deseaba hacerlo, no se movía, como si la pereza que se había adueñado de sus miembros le agarrotara los músculos excusándose con un indolente «luego».

No sentía prisa. Aunque esperaba de un momento a otro escuchar el timbre del teléfono, casi deseaba retrasar ese timbrazo inexorable que le

daría el nombre del asesino. Allen Le Can estaría revelando las fotografías en el laboratorio del «Advertiser». Si Alvin no fundaba sus sospechas sobre una base inexistente, una de aquellas fotografías le mostraría el pórtico de la casa de Telegraph Road, y en la puerta de la casa la persona que se deslizaba furtivamente en la oscuridad después de asesinar a Julia Hayne...

Un leve chirrido despertó a Alvin de su abstracción. Escuchó.

El edificio había quedado en silencio luego de la salida de los empleados de las distintas oficinas. Ni siquiera el ruido de la calle llegaba hasta el despacho a través de los gruesos muros... Y de nuevo el chirrido.

Alvin se movió hacia adelante buscando en la oscuridad el origen del chirrido. De pronto experimentó como un presentimiento. Una corriente de aire frío pasó a través de la habitación. ¡La ventana! ¡Estaba ofreciendo un limpio blanco recortando su silueta contra el fondo iluminado de los cristales!

Saltó del sillón y se dejó caer de rodillas tras la mesa al mismo tiempo que la oscuridad se llenaba de fogonazos y reventaba el trueno de una ametralladora... Los proyectiles gimieron al rasgar el aire antes de echar abajo con estruendo los cristales del ventanal. El plomo resonó contra la madera de la recia mesa de roble. .

Alvin se mantuvo acurrucado contra la mesa hasta que de pronto cesó el estruendo.

El asesino había dejado de disparar para buscarle en las sombras del despacho. Alvin estiró el brazo y busco a tientas la pistola que estaba sobre la mesa. La frialdad del acero en su mano le infundió valor y resolución. Con la mano derecha empuñó el arma, mientras con la izquierda tiraba de la sección deslizante que montaba el percusor.

El chasquido que produjo la automática de Alvin tuvo como respuesta un nuevo rosario de detonaciones. La descarga barrió todo el despacho y destrozó la lámpara que estaba encima de la mesa, lo cual indicaba que el asesino estaba desorientado respecto a la posición de Alvin, y muy nervioso.

Alvin asomó por detrás de la mesa y disparó contra la ametralladora.

La ametralladora enmudeció al instante, sonando a continuación dos disparos rápidos de pistola, que lanzaron sus balas muy cerca de la cabeza de Alvin.

Smythe disparó de nuevo. Los cristales de la oficina tintinearon al caer en pedazos, al suelo. Se escucharon pasos rápidos qué huían, el golpe de una silla que caía derribada y el chasquido de la puerta.

Alvin saltó en pie y corrió hacia la puerta del despacho que daba directamente al corredor. Oprimió el botón del conmutador. La luz eléctrica bañó el despacho y Alvin vio un hombre que yacía de bruces, atravesado en la puerta de la oficina. Ya en el despacho, vio en el piso una pistola ametralladora cerca de la mano crispada del hombre.

Sin pérdida de tiempo, Alvin abrió la puerta y salió al oscuro pasillo.

La escalera estaba iluminada al fondo del largo corredor. La figura de un hombre corría veloz haciendo volar los faldones de su oscura gabardina. Alvin levantó el cañón de la pistola y disparó…

Demasiado tarde. La bala arrancó el yeso del ángulo del corredor y el desconocido desapareció en la escalera.

Maldito seas, granuja —rugió Alvin mientras apretaba los dientes y echaba a correr por el pasillo.

Alcanzó la escalera y se lanzó por ella saltando de dos en dos los escalones con un brinco final hasta del descansillo. Cuando llegó a la planta baja, el fugitivo alcanzaba la puerta de la calle y se precipitaba hacia un automóvil.

La distancia se acortó considerablemente mientras el hombre de la gabardina oscura abría la portezuela del coche. Se volvió para ver si era seguido. En la mano tenía un revólver. Levantó el cañón y apunto a Alvin haciendo fuego.

Alvin se tiró contra uno de los muros. La bala paso silbando por su lado hacia el ascensor. El hombre pareció desistir de su intento, agazapándose para entrar en el coche, que ya tenía el motor en marcha y arrojaba gases por su tubo de escape. En esta actitud fue alcanzado por el certero balazo de Smythe.

El hombre de la gabardina azul rodó por el asfalto cuando el coche se ponía en marcha.

Alvin llegó a la calle al mismo tiempo que sonaban dos disparos de pistola. Era el sargento Snell, de pie junto a la portezuela de un taxi. Uno de los balazos de Snell todavía alcanzó a perforar el amplio cristal panorámico de la zaguera del auto que huía.

El auto siguió sin detenerse, mezclándose con el denso tráfico de la calle.

Alvin corrió hasta el hombre de la gabardina azul, en tanto que en la calle se producía la escena de pánico apropiada a la confusión que había provocado e tiroteo. El sargento Snell se reunió con el fiscal. El hombre se movía en el suelo.

Snell se inclinó y le quitó el revólver. Luego lo asió por un hombro y le obligó a dar la vuelta. Unos ojos asustados les miraron.

—A este tipo lo he visto en alguna parte. ¿Quién es? —rezongó Smythe.

—Bob Carver, uno de los pistoleros de la pandilla de «Sony» Farill.

Dos policías llegaron jadeando a causa, de la carrera. Smythe puso una rodilla en el suelo para inclinarse sobre el herido.

—Desembucha, Carver. ¿Fue Farill quien os envió contra mí?

—Sí…, sí —balbució el herido—. Farill se quedó arriba…

—¿Entonces es «Sony» Farill el muerto que quedó en mi despacho?

¿Por qué queríais liquidarme? No erais vosotros los amenazados de más cercano peligro. Cualquier otra pandilla hubiese tenido más razones ¿O fuisteis enviados por algún otro?

—Farill dijo que era importante... Un pez gordo nos había contratado para liquidar al fiscal..., asuntos de política. Nos habían prometido inmunidad plena en lo que respectaba... a la policía. ¡Ay! —el herido exhaló un gemido.

Un hililllo de sangre asomó por la comisura de sus labios.

—Tiene un pulmón atravesado. Llévenle rápidamente al hospital en un coche cualquiera —ordenó Smythe poniéndose en pie.

Miró a Snell.

—¿Tomó nota de la matrícula del coche?

—Sí.

El público comenzaba a formar corro ante la puerta de la Corthouse.

—Venga usted conmigo, Snell. Voy a necesitar su par de esposas para ponérselas a alguien.

Alvin llevó al sargento hasta su automóvil, esperando a que Snell hubiese cerrado la portezuela para decirle:

—Las cosas han llegado al punto crítico en que forzosamente cada uno tendrá que manifestarse del bando en que esté. Si yo le ordenara a usted ponerle las esposas al capitán Paulson, ¿lo haría?

—Usted es el fiscal. Temo que no tendría más remedio que esposar a Paulson, aunque luego me viera obligado a ofrecerle mis disculpas —repuso Snell gravemente.

—Entonces, usted es de los míos. Vamos para allá —dijo Alvin, poniendo el coche en marcha.

Unos minutos después, Alvin Smythe detenía su coche ante la puerta del edificio del periódico. Iba a echar pie a tierra cuando vio a Fausett que salía corriendo, seguido de Broom y del periodista Alien Le Can, este último poniéndose la gabardina.

—¡Por fin usted! — exclamó Fausett acercándose al coche—. Llevo lo menos media hora intentando dar con usted por teléfono. No contestaban desde su despacho.

—Entonces no hace tanto que está llamando dijo Alvin. Y miró interrogativamente al periodista.

Alien Le Can asintió con mucho movimiento de cabeza.

—Lo tengo en el bolsillo —confirmó.

—De acuerdo, suban todos —dijo el fiscal.

Fausett, Broom y Le Can subieron al auto, acomodándose en el asiento de atrás. El periodista murmuró cuando el auto arrancaba:

—Confío en que así y todo no esté usted en un error, Smythe.

El fiscal, ocupado en conducir, no contestó.

## CAPITULO X

Duram, el mayordomo de Brimhall, miró un poco escandalizado a toda aquella gente que se le entraba por la puerta hasta el majestuoso vestíbulo. En este momento, Reva Tanner descendía la escalera y se apresuró a llegar abajo al ver a Alvin Smythe.

¡Alvin, Dios mío! ¿Qué ocurre? — preguntó inquieta la muchacha.

Antes de que Smythe pudiera contestar a Reva, el capitán Paulson salió entre las puertas corredizas de la biblioteca y miró al grupo.

La expresión de Paulson era extraña. Tenía la faz lívida, los ojos brillantes y los labios amoratados. Al mirar a Smythe su expresión era de miedo.

—Siempre se me adelanta usted en todos los sitios, capitán. También ahora. ¿Vino a comunicarle a su amo que había fracasado la última y desesperada intentona para quitarme de en medio? —preguntó Alvin.

—Paulson frunció los amoratados labios sin contestar. En la biblioteca sonó el ahogado estampido de un disparo. Todos los ojos se volvieron hacia la puerta.

¿Qué ha sido eso? —exclamó Reva precipitándose hacia la biblioteca.

Paulson la retuvo por un brazo.

—No creo que pueda hacer mucho por él, señorita —murmuró.

—¡Mi tío!

—Sí.

Reva se soltó de la garra de Paulson y se precipitó dentro de la biblioteca.

Smythe miró gravemente a Paulson.

—¿Sabía usted lo que Brimhall iba a hacer? — preguntó.

—Me ordenó salir. Dijo... que él había matado a Julia Hayne y también a Hornaday.

—¿Se declaró culpable de esos crímenes, y no le arrestó usted?

—¡Ah, no! ¿Arrestar a Brimhall? —exclamó Paulson—. ¿Quién hubiera sido capaz de ponerle las esposas a él? Es el más grande hombre que ha tenido esta ciudad. El...

Se escuchó un grito de horror de Reva Tanner.

Alvin ordenó, sin apartar sus ojos de la cara de Paulson:

—Póngale las esposas a su capitán, Snell.

Entró en la biblioteca seguido en primer lugar del impaciente Le Can, y luego de Broom y Fausett. Reva Tanner estaba contra el marco de la puerta del despacho de Brimhall, temblando y tapándose el rostro con las manos. Se volvió de pronto y se arrojó sollozando en los brazos de Smythe.

Le Can y los hombres de la oficina del fiscal entraron en la habitación. El periodista se inclinó un momento sobre el cadáver de Brimhall y luego se puso en pie, cogiendo una nota escrita que estaba sobre la escribanía.

—«Aquella chica me volvió loco con su negativa a aceptar dinero y a apartarse de Daniel. Yo sabía que era una cualquiera..., una mujerzuela como lo fue su madre. Lo sabía y quise demostrármelo a mí mismo, ¡Era tan bonita! Luchamos y ella cayó de espaldas... Lo siento, soy un cobarde asesino, sin valor para enfrentarme con mi delito» — leyó Le Can en voz alta.

Reva Tanner se apartó ligeramente de Smythe para mirarle incrédula.

—¿Fue él? ¡Oh, no puedo creerlo!

—Sí, Reva. Tu tío mató a Julia Hayne. Daniel había ido a discutir con él a casa del juez, luego de hablar conmigo y tener noticia de lo que Brimhall quería hacer respecto a Julia. Cuando a las siete y media le telefoneaste para decirle que Daniel estaba haciendo sus maletas, Brimhall pidió al juez que le prestara su auto y salió furioso a entrevistarse con Julia.

—¡Pero si dijo que había sufrido un amago de ataque en el viaje de regreso a casa!

—Brimhall nunca sufrió ese amago de ataque. Llegó a la casa de Julia, llamó y le fue franqueada la puerta. Antes de que él llegara, sin embargo, habían ocurrido algunas cosas. Tan pronto como Daniel abandonó la casa de Julia antes de las siete, la chica llamó por teléfono a Peter Hornaday rogándole que viniera con su cámara fotográfica. Iba a fugarse con Daniel Brimhall y quería que el periódico de los escándalos difundiera el escándalo de aquella fuga. Julia, probablemente, sólo pretendía con eso comprometer a Daniel de forma que éste no pudiera volverse atrás, ni el viejo Brimhall invalidar el matrimonio que se iba a realizar. Hornaday prometió a su jefe que traería un gran notición y salió con su cámara y su trípode. Debió de llegar sobre las siete y media, cuando Herald Clark, el marinero, se alejaba de allí sin haber conseguido entrar en la casa...

Daniel Brimhall llegó por la biblioteca, miró al grupo y entró encogido y asustado en el despacho para ir a inclinarse sobre su padre.

El fiscal continuó, después de esta pausa:

—Hornaday ya estaba apostado con su cámara cuando llegó Brimhall. Al salir tu tío, diez o doce minutos más tarde, Hornaday hizo funcionar su lámpara de destello, cogió máquina y trípode y salió huyendo... Brimhall le siguió. Había dado muerte a una mujer y aquella fotografía que acababan

de tomarle significaba la vida o la muerte para él. La persecución debió de prolongarse mucho más de lo que Hornaday esperaba. Los dos iban lanzados en sus respectivos automóviles, cuando en un cruce de calles, Brimhall se estrelló con su auto contra un camión. Eran las ocho de la noche, y en ese momento Daniel salía de su casa en su auto para ir a reunirse con su novia. Tu tío fue llevado al hospital mientras Hornaday continuaba hasta su casa y procedía a revelar la placa que había tomado. Hornaday quedó atónito al comprobar que el hombre que iba apareciendo en la cubeta de revelado no era Daniel, sino el propio míster Brimhall...

Smythe se interrumpió. Daniel acababa de ponerse en pie y le miraba con ojos desorbitados.

—Si le hace daño puedo callarme, Dan — dijo Alvin.

El muchacho negó;

—Continúe... Prefiero saberlo todo de una vez.

Smythe continuó:

—Hornaday volvió en su auto a la casa de Telegraph Road para ver qué había pasado, y si la fuga se había realizado o no. Entró, encontró a Julia Hayne muerta y salió huyendo. Creo que el sargento Snell comprobará que el auto de Hornaday no entró en el garaje hasta después de las hueve por lo menos.

—Ya lo he comprobado — repuso Snell, apareciendo por detrás de Smythe en compañía de Paulson, esposado.

—Hornaday vio en la fotografía una oportunidad de sacar mucho dinero. Quizá la importancia del personaje a quien iba a extorsionar le-impresionó. Le asustaba verse a solas con Brimhall. Temía que éste acudiera a la cita con algún guardaespaldas. Por lo tanto, rogó a su compañero Lloyd que fuera a su casa antes de las doce. La idea de Hornaday era esconder a Lloyd en una habitación contigua para que, caso de ser amenazado, amenazar a su vez con la presencia de un testigo... Pero ocurrieron dos cosas: Lloyd se retrasó y Brimhall se adelantó a la hora de la cita. Encontró a Hornaday solo y lo mató. Brimhall sintió también esta vez, como le ocurrió en casa de Julia Hayne, la necesidad de disculpar su delito. Era un Brimhall, un caballero imbuido de su respetabilidad, de la intachable honorabilidad de su apellido...

Smythe suspiró y Reva aprovechó para decir:

—Una cosa no puedo comprender. Julia estaba con vida cuando telefoneó a las ocho preguntando por Daniel...

—No, querida. A las ocho, Julia llevaba muerta veinte minutos. No fue ella quien telefoneó. Esa falsa pista me ha llevado de cabeza todos estos días. Pensé que el marinero Clark había efectuado esa llamada sirviéndose de su amiga para tener una coartada, pero Clark lo negó esta tarde y ahora creo que decía la verdad.

—¿Quién llamó, pues, en nombre de Julia?

—Averiguaremos eso buscando entre las jóvenes amigas de Daniel. La broma es tan antigua como la existencia del teléfono. Una amiga celosa llama al chico de quien está enamorada haciéndose pasar por la novia de ese chico… Las relaciones entre Daniel y Julia Hayne no eran un secreto celosamente guardado. Alguna muchacha de la buena sociedad de Mobile lo supo y quiso molestar a Daniel llamándole en nombre de Julia. Es una de esas raras coincidencias que a veces se producen para llevar de cabeza a los investigadores de un crimen. Sin esta estúpida llamada, yo habría sospechado antes de míster Brimhall. Él tuvo la oportunidad y el móvil, y su coartada de ese desvanecimiento que sufrió en el camino de regreso a casa era muy endeble. Pero siempre tropezaba con la dichosa llamada telefónica. Julia Hayne vivía a las ocho… No, no era ella quien llamaba. La fotografía que Le Can lleva en el bolsillo descubre al verdadero asesino. ¿La tiene ahí, Le Can?

El periodista la sacó del bolsillo y la mostró.

—Había pensado hacer un reportaje sensacional —murmuró el periodista. Rompió la foto en pedazos—. Creo que no me atreveré a hacerlo.

Los fragmentos de la fotografía cayeron al suelo y todos los presentes quedaron mirándolos en actitud absorta…

FIN

# LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

## ¿DESCIENDE EL MONO DEL HOMBRE?




MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.




# Psicosis

## ¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABUZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...




**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2[illegible] - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain